

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO XVI. — NÚM. 731

Madrid, 12 de Septiembre de 1935

PRECIO: 25 CÉNTS.

CRÓNICA

DE VUELTA DE GINEBRA

GINEBRA! Es hoy la gran actualidad. Todos los ojos se vuelven a la ciudad histórica, a la bella urbe suiza que, recostada al pie del hermoso lago Lemán, de aguas tranquilas y placenteras y protegida por el grandioso Montblanc, parece el más seguro refugio de los altos ideales de paz; y miles de millones de almas están pendientes de los acuerdos que representantes de todos los países del mundo allí congregados están preparando para ver de conjurar el inminente peligro que se cierne de una nueva catástrofe.

¿Habrá guerra? es la pregunta anhelante que se escapa de todos los labios, y todos los corazones quisieran palpar de esperanza confiando en que las deliberaciones de la Sociedad de Naciones encuentren el camino y el medio eficaz de apaciguar los ánimos bélicos.

Que Dios, el Dios bendito de paz inspire a los reunidos en Ginebra y desbarate los planes de los que, inconscientes, sueñan en dirimir las contiendas con el estruendo de los cañones y demás artefactos ultramodernos de destrucción y de lágrimas y horrores imaginables...

También nosotros, Cabrera, Flidner y el que esto escribe, modestísimos representantes de las Iglesias evangélicas españolas, que suspiran por la paz, que es don del cielo, que fuimos a Chamby delegados a la gran Conferencia por la paz del Cristianismo mundial, estuvimos en Ginebra, y, al recorrer aquel inmenso edificio, que se levanta queriendo ser vasto Laboratorio de la paz entre los pueblos, una oración de lo más hondo del alma se elevaba al trono del Señor pidiendo que no fueran vanos ni efímeros los cuantiosísimos dispendios que ocasionaba aquel ingente y lujoso palacio y que allí los «hombres de buena voluntad» fuesen siempre los que vencieran en las luchas por la paz entre los hombres.

Y ¡qué pena en el alma cristiana cuando al terminar las tareas de Chamby y volver de Ginebra a la patria querida, leíamos en la Prensa y oíamos a todos rumores de guerra, que por momentos crecían y se multiplicaban, no dejando apenas resquicio para la esperanza en un acuerdo de paz!

¡Ah! pero lo que más nos dolía era el saber que donde más intensos sonaban los acentos guerreros era en la ciudad del papa, y que el mismo papa, con tanta influencia en su país, con tanta autoridad como afecta tener en todo el mundo, apenas protestaba contra los preparativos e intentos bélicos que, precisamente tan cerca de él, se organizan.

Y en nuestro humilde magín comparábamos los tonos enérgicos, rotundos, de unanimidad absoluta con que más de 150 representantes del mundo cristiano evangélico y ortodoxo condenaban todo conato de guerra y proclamaban la necesidad imperiosa de la paz entre los pueblos, con aquella alocución papal, tímida y casuística, que

distingue entre la guerra de conquista, que condena desde luego, pero sin gran viveza, y la guerra de defensa, que admite con la sola reserva de que no sea demasiado violenta...

Y así estamos, queridos lectores: en la más inquietante expectativa, luchando entre la débil esperanza de que la Sociedad de Naciones acierte a imponer la paz y el horrible temor de que la soberbia y la ambición desate de nuevo las furias de la guerra, que sería desolación y estragos sin cuento.

Sólo Dios, que mueve los corazones con el poder de su gracia infinita, puede traernos la paz, y a Dios hemos de acudir los cristianos de fe y de amor en ferviente y constante plegaria para que al fin aparte de nosotros y de todos la trágica visión de otra hecatombe y que venga la paz, que sobrepuja a todo entendimiento y a todo otro bien.

Nuestra actual preocupación interior.

Pero también al volver de Ginebra, nos vemos asaltados de otro temor en nuestro estado de cosas nacional. Porque no es precisamente de tranquilidad la situación actual. El hecho de las restricciones impuestas a los bautistas de la Convención de Tarraza, no permitiéndoles salir del estrecho recinto de la capilla para dar testimonio público de fe, nos hace temblar por la suerte futura de la libertad de cultos.

Es sintomático, en efecto, que mientras se dan demasiadas facilidades para procesiones católicas y manifestaciones derechistas de todo matiz, se invoque el estado de excepción en que vivimos ya muchos meses únicamente para limitar el derecho ciudadano de los disidentes, y creemos que no es en mengua de la obediencia que debemos y gustosamente prestamos a la autoridad constituida el pedir con toda energía que se cumplan rigurosamente los preceptos de nuestra Constitución vigente, que garantizan a todos, católicos y no católicos, la libertad religiosa en todas sus manifestaciones legítimas, sin cortapisas ni capciosos eufemismos.

Y tendremos que estar todos vigilantes en la defensa de nuestros sacrosantos derechos, que no pueden quedar de ningún modo a la interpretación caprichosa de los populistas, agrarios o como se llamen estos nuevos republicanos que nos han salido. Cuando ellos logren reinar y reformar la Constitución del 31, podrán hacer las cosas a su gusto, pero mientras tanto, la Ley fundamental de nuestra República es lo que vale, y la libertad plena de cultos, que proclama y defiende, es la que debe imperar, sin distingos ni reservas partidistas.

¡Alerta, pues, hermanos!

AGUSTÍN ARENALES.

¡NO OS CONGOJÉIS!

HÉ aquí una de esas palabras del Evangelio que nos alcanza en mitad del corazón, haciéndonos abrir los ojos con una sorpresa inaudita: «¡No os congojéis por vuestra vida!» (Mat., VI, 25). De repente nos damos cuenta, aun los más confiados y alegres, de dónde estamos y a lo que aspiramos. Las palabras de Jesús no nos substraen a este mundo, sino que nos conducen a la realidad: sí, a la realidad de nuestros cuidados, de nuestros temores y nuestras congojas. Tres cuartas partes de nuestra vida son congoja, es decir, temor por nuestro pan cotidiano, por nuestra agua, por nuestra Iglesia y nuestra escuela, por nuestra familia y nuestra patria. ¿Y cómo habría de ser otra cosa, si estamos rodeados de peligros, unos bien conocidos, otros solamente sospechados y, por eso, aun más angustiosos? Y en medio de nuestro afán por tomar precauciones defensivas contra lo que amenaza echársenos encima, clama Jesús: «¡No os congojéis!» ¿Es posible? ¿Que no nos congojemos ante las asechanzas del mal, que destruirá en un abrir y cerrar de ojos lo que actualmente podemos aún llamar nuestro? ¿Cómo puede Jesús querer que permanezcamos mudos y quietos y serenos mientras estamos en peligro? «Maestro, ¿no ves que perecemos?», así le increparon sus discípulos en el fragor de la tempestad, que arrastraba la barquichuela a los abismos (Marc. IV, 37-38). Y, sin embargo, las palabras de Jesús siguen resplandeciendo con toda su fuerza a través de casi dos mil años de continuas congojas. En vano han tratado hombres optimistas, y tratan todavía, de dar a esas palabras otra importancia más consoladora y secundaria. «Jesús quiere decir — ¡y ya no es preciso que hagamos caso a estos hombres que pretenden que Jesús quiso decir otras cosas de las que dijo! — que no nos dejemos ahogar por los cuidados materiales, que Dios ya proveerá, etc.» Pero es el caso que los cuidados materiales nos ahogan de veras, que, a lo mejor, ya casi nos faltan el pan y el agua; es el caso que los creyentes en Cristo van siendo cada vez menos; que el Cristianismo, en general, está tan superficializado, que ya nos contentamos con mantener unos con otros una fraternidad que, a la luz del Evangelio, parece poco sincera; es el caso que las naciones se arman, que el Oriente amenaza con hollar Europa bajo los pies de quinientos millones de hombres; es el caso que los mahometanos están cercando otra vez el mundo cristiano, con la intención de atenzarlo, como hace siglos; es el caso que la impiedad es horrorosa, la inmoralidad terrible, el hambre devastadora, la tristeza y la desesperación soberanas. ¿Vamos a cerrar los ojos a la realidad? Los judíos vuelven a Palestina, que promete ser pronto un país al cual se volverán los ojos del mundo: el tercer imperio romano es ya un hecho. ¿Por qué no habrían de ser estos hechos cumplimientos de las profecías bíblicas? ¿Vamos a atenernos a lo que Jesús «quiere decir»? No,

porque no saldremos de nuestra situación. Pero atengámonos a lo que «Él dice»: «¡No os congojéis, qué habéis de comer, qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir! ¡No os congojéis por el día de mañana!» Esto dice Jesús, y a ello hemos de atenernos, sujetándonos a ello con fuerza. Pero, ¿qué garantía tenemos de que ateniéndonos a ello se resolverá nuestra congoja?

Jesús aclara sus palabras con otras que nos hacen posar la vista sobre la Naturaleza: «Mirad las aves del campo... mirad los lirios...» ¿Pero es que esta aclaración no nos conturba aún más? ¿O es que nosotros los hombres; nosotros los cristianos; nosotros los perseguidos y acorralados y siempre despreciados en un país como el nuestro, nosotros no somos más que los pájaros y las flores silvestres? ¿Y no es ley divina que el hombre tenga potestad sobre los pájaros, las flores y todo lo creado? (Génesis, I, 28-29). ¿Cómo, pues, puede el hombre, su señor, estar a su altura y tomar de ellos ejemplo? Sin embargo, Jesús dice: «¡No os congojéis por vuestra vida, qué habéis de comer, qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo qué habéis de vestir!... Mirad las aves del cielo... Vuestro Padre celestial las alimenta... Reparad en los lirios del campo... que ni aun Salomón, con toda su gloria, fué vestido así como uno de ellos...» Los pájaros no siembran, ni siegan, ni almacenan; los lirios no trabajan ni hilan, pero crecen y están vestidos, y los pájaros no perecen de hambre. ¡Quién pudiera — pensamos — estar tan libre de necesidad y en posesión de la independencia de que disfrutaban las aves y las flores! Pero no es posible compararse con ellos: la vida es tan complicada, que nos exige un esfuerzo máximo de pensamientos y obras. ¡Ni estamos ni podemos estar ajenos a cuidados que nos acongojan! Si es así, ¿para qué engañarnos? Jesús no niega que sea así; al contrario, Él conoce muy exactamente nuestra situación, y por eso — ¡precisamente por eso! — nos dice: «¡No os congojéis!» Jesús no quiere que nos engañemos, ni siquiera pretende consolarnos, sino que lo que Él nos da es un descanso de todos esos cuidados que nos acongojan. Jesús sabe que mayormente vivimos según el refrán que dice: «Ayúdate, y Dios te ayudará», y nos saca del error en que vivimos. Jesús ve que nos creemos superiores a los pájaros y a las flores, y cargados de obligaciones, que aquéllos y éstas desconocen totalmente, y Él nos hace ver que somos, como aquéllos, criaturas de Dios. Y esto último es el punto decisivo: *Que somos criaturas de Dios, y que Dios cuida amorosamente de nosotros, como criaturas suyas.* Nuestros afanes, temores, luchas; nuestras preguntas, suposiciones y dudas, todo eso no desaparecerá, ni Jesús cree necesario que desaparezca, pues Él sabe que «cada día tiene su afán»; pero todo eso no nos acongojará más, ya que somos criaturas de Dios, a su imagen y semejanza for-

madas, y libradas del pecado, que había destruido esa imagen, por la sangre de Jesucristo. Porque Dios no es nuestro, sino nosotros de Él; porque Dios es bueno, mientras nosotros, sin su gracia, somos malos; porque Dios quiere salvarnos, tenemos la mayor garantía de que las palabras de Jesús: «¡No os congojéis!», no son un mero consuelo, como el que nosotros a veces damos, sino una realidad que, como tal, Dios mismo nos pone en el corazón. En medio de nuestra vida y sus problemas, Jesús clama: «¡No os congojéis!» Y el creyente las siente como un inesperado rayo de sol que ilumina y calienta su, a veces, oscura y fría morada.

M. GUTIÉRREZ-MARIN

BALADA DEL AMANECER

*¡Dolor,
Yo he muerto sobre la cruz
para cuajarte de luz...
y para darte mi amor!*

*Por el medroso camino
un relámpago volaba,
iba en busca del destino
de un alma que agonizaba.*

*La encontró muerta de amores,
amores sin castidad:
era flor entre las flores
y ahora era soledad.*

*Y junto al camino
el dulce Rabino
así la arrulló:*

*¡Dolor,
Yo he muerto sobre la cruz
para cuajarte de luz...
y para darte mi amor!*

*Al borde de un arroyuelo
la luz viva volvió a hablar:
"tu morada está en mi cielo,
tus pecados en el mar".*

*La soledad ya se ha ido,
toma en tus manos tu flor...
cese en tu pecho el quejido
y gusta mi dulce amor.*

*Ya no es medroso el camino
que sube por la ribera,
ahora canta el peregrino
canciones de primavera.*

*Y en el estrecho sendero,
que huele a sal y a romero,
un tierno beso se oyó:*

*¡Dolor,
Yo he muerto sobre la cruz
para cuajarte de luz...
y para darte mi amor!*

MANUEL DEL BUSTO

ALIANZA UNIVERSAL PARA LA AMISTAD INTERNACIONAL MEDIANTE LAS IGLESIAS

ASAMBLEA PLENARIA INTERNACIONAL

CHAMBY SUR MONTREUX (SUIZA). — 12 AL 18 DE AGOSTO DE 1935.

MENSAJE A LAS IGLESIAS

La Asamblea plenaria de la «Alianza Universal para la Amistad Internacional mediante las Iglesias», reunida en Chamby sur Montreux, del 12 al 18 de Agosto de 1935, considera como un deber dirigir a las Iglesias, pastores y miembros, el siguiente mensaje:

I

El actual desorden mundial y los peligros de la hora presente llenan a la Iglesia de graves preocupaciones, al ver que, de una parte, el amor a la Humanidad y, de otra, los principios fundamentales de la religión y de la moral cristiana están en peligro. Un materialismo pagano proclama que la razón de Estado, fundada sobre los intereses de las naciones, de las clases y de los partidos, es la regla suprema.

Es este el momento para la Iglesia de ser fiel a su vocación y de luchar enérgicamente por que los principios cristianos penetren en la vida pública. Para esta lucha que interesa a la Cristiandad entera, todos los cristianos de todos los países deben unirse y esforzarse en llegar a una concepción común de su deber en estas horas críticas.

II

En oposición a la glorificación del Estado como la suprema autoridad, está la regla absoluta del cristiano que demanda la obediencia al primer mandamiento: «Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, de todas tus fuerzas, de todo tu entendimiento.»

La lealtad al Estado como instrumento de la Justicia, es una prescripción divina. Pero el Derecho está sobre el Estado, no el Estado sobre el Derecho. Y el Estado tiene la obligación de respetar los derechos, tanto de los individuos como de los otros Estados. El deber de las Iglesias es declarar abiertamente que los cristianos deben siempre «obedecer a Dios antes que a los hombres». Así que, cuando un Estado formula exigencias que la conciencia cristiana considera como contrarias a la ley divina, el cristiano debe rehusar el someterse.

Esta actitud puede envolver graves sufrimientos, provenientes de la reacción del Estado y de la opinión pública exasperada, tanto que se establezca el conflicto interior entre la obediencia a Dios y lo que parece un deber de patriotismo. Pero, en último término, la obediencia a Dios es el verdadero patriotismo, porque lo que es contrario a la ley divina más tarde o más temprano acaba por ser para el Estado una maldición y no una bendición.

III

Es especialmente urgente oponerse a las fuerzas que fomentan la guerra. No debe permitirse que sean olvidadas las terribles enseñanzas de la guerra mundial. A pesar de que la guerra, como aliada de las grandes catástrofes, ofrece ocasión para acciones heroicas, que lleva a actos de sacrificio, de camaradería y de solidaridad, no obstante se ha revelado como un instrumento sin igual de destrucción, ocasionando millones de víctimas: muertos, mutilados, enloquecidos, corazones llenos de odio y de desengaño, destrucción de la pureza sexual y de la vida de familia, trocando en muchos casos la fe religiosa en desesperación o en cínica indiferencia; y no hablemos de las inmensas pérdidas materiales y de la confusión de la vida económica.

Una nueva guerra sería un desastre mucho mayor. ¡Y todavía los hombres se recrean ante semejante eventualidad! Las más solemnes promesas para no usar más de la guerra en el arreglo de las cuestiones internacionales parecen haberse olvidado, y en buen número de países el rearme ha ocupado el lugar del prometido desarme. Las masas odian la guerra, pero se resignan ante lo que parece ser una fatalidad.

En esta hora de peligro las Iglesias cristianas no pueden permanecer en silencio. Nosotros simpatizamos con los hombres de Estado que se esfuerzan por conservar la paz. Pero los resultados son pequeños y pueden ser mañana objeto de discusión. Nuevas bases deben ser ofrecidas para todo esfuerzo pacificador. Debe trabajarse con firme voluntad para promover el arbitraje y fomentar el desarme general, inculcando el respeto a los Tratados y fortaleciendo la autoridad de la Sociedad de Naciones. Solamente así podrían desvanecerse las ofensas; en tanto que una nueva guerra inevitablemente suscitaría otras.

Muchas Iglesias y muchos cristianos han declarado solemnemente que ellos no irán a una nueva guerra, cuando su Estado haya rehusado un arbitraje ofrecido de buena fe. Nuevos pasos en esta dirección pudieran ser necesarios.

IV

La necesidad esencial es una voluntad regenerada, cuya fuente encontrarán los cristianos en Dios. Nosotros no tendremos derecho para protestar contra el paganismo materialista, si no estamos decididos a ser verdaderos discípulos de Cristo.

Todo lo que es noble en los modernos movimientos nacionales y sociales es para nosotros un llamamiento al arrepentimiento y a la renovación. Los más fuertes sentimientos de solidaridad, en la clase o en la nación, que han elevado a millares de hombres de un mezquino individualismo a una vida más alta, pero que al mismo tiempo son una constante mengua para la libertad de otros, deben estimularnos a considerar la Iglesia Universal como una realidad inspiradora, uniendo a los hombres y a las mujeres de todas las naciones y razas en un mismo amor y en una misma fidelidad al mismo Maestro.

Personalmente debemos entrar más profundamente en la paz de Dios, por cuya gracia, que es en Cristo Jesús, los pecados son perdonados y las vidas transformadas.

Por estas razones hacemos un llamamiento a las Iglesias para mantener, en un espíritu de amor, los esfuerzos en pro de la justicia y de la paz, por hechos, por palabras y, sobre todo, por oraciones al Dios Altísimo, para que Él guíe a los jefes de todas las naciones, de modo que vean el bien, y, a la luz de esta visión, obren con decisión.

Que el espíritu de Dios nos enseñe a decir con una fe más firme:

Padre nuestro, que estás en los cielos.
Santificado sea tu nombre.
Venga tu reino.
Sea hecha tu voluntad, como en el cielo
así también en la tierra.

El Coche Bíblico «Jorge Borrow».

A primeros de Agosto, tomó posesión del volante de este coche, para su viaje inaugural, nuestro buen amigo D. Miguel Aguilera; se hizo cargo de ropas y enseres de la Librería-vivienda el entusiasta joven D. Mario Cignoni; y se agregó como tercer tripulante quien estas líneas escribe. Y a marchar, hemos dicho.

Los primeros días fueron forzosamente de «domesticación» del coche para nosotros y de nosotros para el coche. Eso de que «escoba nueva barre bien» no es una verdad general. Pero, a los pocos días, estaba el motor que daba gusto, y los diez y siete caballos galopaban majestuosamente. En cuanto a nosotros, empezamos a saber que vale la pena levantarse a las cinco o cinco y media de la mañana en este tiempo de verano, hacer las labores caseras, el desayuno y la meditación antes de las ocho, para poco después hallarnos ya ofreciendo nuestros libros en alguna plaza de pueblo. Al que ma-druga, Dios le ayuda.

Tres o cuatro pueblos podíamos trabajar hasta el mediodía. Al acercarse éste, las ventas iban aflojando. La gente huye del sol y es difícil dar con lugares de sombra. Además, las mujeres, nuestras buenas parroquianas, están ya en sus cocinas dando los últimos toques a la comida de la familia.

Los primeros pueblos, al salir de Barcelona, nos produjeron cierta decepción. Eran preciosos, cuajados de chalets, donde la gente acomodada pasa el verano. Pero, aunque nosotros habíamos salido para llevar la Palabra a las personas acomodadas tanto como a los humildes, fueron éstos y no aquéllas los que nos compraron. ¡Ay de los ricos que no saben que son pobres!

Pero al fin llegamos a pueblos donde encontramos *el pueblo*. ¡Qué bien compraron los obreros de la Colonia Llaudet! Caímos allá una buena mañana, y, como hacen tres turnos, cogimos al menos uno desocupado y

despierto. Vendimos en menos de una hora por valor de más de treinta pesetas, prefiriendo no pocos la Biblia o el Nuevo Testamento completos a los Evangelios, ya sueltos, ya en colección.

Moya (o *Moiá*, en catalán) quedará para nosotros como ejemplo de pueblo fanático, cerrado por completo a cuanto no lleve la marca de Roma. Pero qué consuelo hallarnos después con otro pueblo, Molló, a ocho

kilómetros de Francia, que compra admirablemente nuestros libros. Los nombres de los pueblos son parecidos, pero los pueblos mismos muy diferentes. Los pueblos tienen fisonomía como las personas. «¡Ay de ti, Corazón!»

Tuve el gusto de tener una larga conversación en un pueblo fanático con un joven que ponía mucha objeción a nuestros libros. ¡Estaban *falsificados*! Cogí el Nuevo Testamento y le busqué todos los pasajes que más podían agradarle como católico y que él piensa nos desagradan a nosotros los evangélicos. «¿Los hemos cambiado?», le pregunté. «Ya veo que no». «¿Ve como nosotros queremos que el pueblo lea la Biblia? Usted, ¿tiene Biblia?». «Sí, tengo una católica». «¿La lee?». «Últimamente, muy poco». «Pues léala, pues aquella Biblia, como ésta, es la Palabra de Dios. Si la conversación le ha hecho bien, ¿quiere usted darme la mano?». Y aquel joven, que nos rechazó al principio, tendió su mano al propagandista de la Biblia. La gente no esperaba este final.

El *altavoz* nos ha servido para dar muchos y muy claros mensajes del amor de Dios y de cómo busca las almas con su Pa-



Aspecto de la Librería desplegada en la parte posterior del coche.

labra. A veces hablamos, como en Campredón, para que oyeran quienes estaban en los balcones, damas y caballeros, aunque no esperábamos venta. Pero ¡qué placer pronunciar el nombre de Dios, de Cristo, de la gracia y del perdón, en la vía pública, ante personas que o no van a la Iglesia jamás o que en la Iglesia no oyen el acento puro del Evangelio! Hemos huido de toda controversia y hemos sido respetados.

En la primera salida, de once días, el coche ha vendido 14 Biblias, 60 Testamentos y 957 porciones, o sea un total de 1.031 ejemplares, por valor de pesetas 218,30. Si no se han pronunciado setenta u ochenta discursitos, no se ha pronunciado ninguno, y como hemos hecho colportaje a veinte, treinta y cuarenta metros del coche, el número de conversaciones ha sido incalculable. En bastantes discursos hemos dicho quién fué Jorge Borrow y por qué el coche lleva su ilustre nombre.

A. ARAUJO.



El coche «Jorge Borrow» en Girona.

Artículo 13 de la Ley de Confesiones y Congregaciones religiosas: «Pertencen a la propiedad pública nacional los templos de toda clase, y sus edificios anejos, los palacios episcopales y casas rectorales, con sus huertas, anexas o no, seminarios, monasterios y edificaciones destinadas al servicio del culto católico o de sus ministros».

Luego el atrio de la Iglesia de Calvos de Bande es *propiedad pública nacional*.

Artículo 3.º de la Constitución: «El Estado español no tiene religión oficial».

Pero el Gobernador de Orense sí, y por eso no permite en el atrio de la Iglesia de Calvos de Bande más enterramientos que los de los romanos, y se multa a los evangélicos de aquel lugar por haber enterrado allí a un parvulito.

Sin comentarios.



REVELACIÓN

Salvados por la esperanza.

PARA cualquier persona versada en el sistema cristiano la salvación por la fe es un concepto perfectamente ordinario. Y no solamente es esta idea familiar, sino que también es absolutamente fundamental para la completa súperestructura del Cristianismo. La sencilla declaración apostólica para la experimentación de la salvación «cree en el Señor Jesucristo y serás salvo», es suplementada por aclaraciones como éstas: «Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús» (Gál., capítulo III, versículo 26).

Sin embargo, las Escrituras también afirman que «en esperanza somos salvos» (Romanos, VIII, 24). Notad dónde esto ocurre. El Espíritu Santo no dice su exposición del plan de salvación completo hasta que ha añadido una sección (Rom., VIII, 18-25), cuyo compendio es el citado versículo.

La fe, aunque crucial, no es la única virtud cardinal de la vida cristiana. A ella ha de añadirse el amor y la esperanza. El carácter y la experiencia cristiana se desarrollan y completan solamente con el constante intercurso de estas tres.

Volviendo a Romanos, a la historia de la salvación, podemos fácilmente leer la triple terminología de fe, esperanza y caridad.

- 1) Somos salvos por una fe que nos justifica a la vista de Dios (III, 25, 28; V, 1).
- 2) Somos transformados en nuestro carácter y conducta por un amor derramado e implantado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos es dado (V, 5).
- 3) Somos sostenidos y afirmados por una esperanza, alimentada por el Espíritu Santo, que sostiene ante nosotros las realidades de la gloria que ha de venir (capítulo VIII, versículos 24, 25).

Los tres tiempos de la salvación.

Es de una importancia que el pueblo de Dios comprenda que estas tres virtudes son agentes divinos puestos para ministrar en nuestras vidas un pasado, presente y futuro de salvación.

Salvación pasada. — Hay una salvación pasada y completa para cada creyente; todo está hecho y no hay incertidumbre en ella. «El que oye mi palabra, y cree al que me ha enviado, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas: pasó de muerte a vida» (Juan, V, 24). Aquí no hay nada futuro, nada casual, «tiene vida eterna», «pasó de muerte a vida». El hombre que no se considera salvo de esta manera — todo hecho para jamás deshacerse, todo suyo para jamás ser desposeído — no tiene base sólida en que descansar su esperanza. El esperar inciertamente en la sal-

vación pasada, nunca desarrollará la consoladora flor de la Esperanza en el futuro.

La fe es el asistente de esta salvación, una fe que descansa en lo que Cristo hizo por nosotros en el pasado, en la manifestación de su amor redentor y de su gracia, ahora un asunto histórico, cuyo hecho culminante es el Calvario, donde Él «llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero».

Salvación presente. — La salvación es vida; la misma vida del Hijo de Dios en el alma humana. «El que tiene al Hijo, tiene la vida» (1.ª Juan, V, 12). Es su vida implantada por su presencia en nosotros. Fundir su vida con la nuestra de tal manera que se convierta en nuestra propia vida, hasta que con el apóstol podamos decir: «Vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí», este proceso en el alma del cristiano es el presente de la salvación. Es un proceso que hermosea, transforma y armoniza, progresando día tras día por la gracia divina y la cooperación humana. De aquí que somos exhortados: «Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor; porque Dios es el que en vosotros obra así el querer como el hacer» (Filip., II, 12, 13). ¡Qué arte es el arreglo de nuestro pensamiento y nuestra vida a la verdad poderosa de su vida y obra en nosotros!

El amor es el que sirve, por medio de su obrar en nosotros. «Hemos conocido y creído el amor que Dios tiene en nosotros» (1.ª Juan, IV, 16 V. M.). Cuando el amor de Cristo es el poder constreñidor y estimulante de nuestra vida (2.ª Cor., capítulo V, versículos 14, 15), el «yo» es echado a un lado, nuestro amor es atraído hacia Él en el guardar sus mandamientos, nuestra salvación es actual y evidente en los frutos de nuestra vida transformada.

Salvación futura. — Las Escrituras hablan de una salvación que no es todavía nuestra, porque no es todavía revelada. Pedro declara que «somos guardados en la virtud de Dios por fe, para alcanzar la salud que está aparejada para ser manifestada en el postrimero tiempo» (1.ª Pedro, I, 5). Y Pablo escribe: «Ahora nos está más cerca nuestra salud que cuando creímos» (Rom., XIII, 11).

Esta salvación todavía no está aquí. Cuando creímos, recibimos salvación. Desde entonces hemos estado viviendo en una siempre presente felicidad, a medida que

ESPAÑA EVANGÉLICA no responde de las afirmaciones hechas en los artículos firmados, ni de las opiniones y juicios emitidos en las páginas "Revelación".

crece y se enriquece nuestra experiencia. Sin embargo, de un cierto modo, todavía no la tenemos, pues no ha llegado todavía. Y lo que ha de ser, está tan lejos de lo que ahora tenemos, que el mundo no conoce «nuestra salvación». Siendo futuro para los hijos de Dios, es extraño para los hijos del mundo.

La esperanza es su sirviente; una esperanza que en retorno es servida por la «paciencia y consolación de las Escrituras». Las mañas de Satanás son distraer a los hombres y hacerles creer que no hay esperanza después del más allá. Sin embargo, Dios nos sostiene en el presente con el pensamiento de lo que hemos de ser y lo que tendremos, persuadiéndonos de que «todavía no se ha manifestado lo que hemos de ser...».

La esperanza como una expectación.

La esperanza de las Escrituras no es una aspiración o un deseo ardiente de que alguna cosa suceda. Sino que la esperanza es una expectación cierta que tiene sus raíces y su garantía en la revelación de Dios de lo que ha de ser, confiando en que lo que Él ha prometido ciertamente sucederá.

Esta esperanza tiene que ver con las realidades que no se ven, guardadas en reserva y, por lo tanto, no manifestadas todavía. Solamente así tiene la esperanza una obra que realizar en la experiencia cristiana. Éste es el razonamiento del apóstol, «porque en esperanza somos salvos; mas la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo?» (Rom., VIII, 24).

Aquí uno puede preguntar: «¿Qué son, pues, las verdades invisibles que atraen la expectación del cristiano?» Pensamos en la segunda venida de nuestro Señor: en la redención de nuestros cuerpos, ya sea por la resurrección o ya por la transformación al recibir al Señor en el aire en su venida por la Iglesia; el darnos cuenta de que seremos semejantes a Él, y su reino en justicia.

La venida de Nuestro Señor. — El hecho de su venida es repetidamente anunciado en las páginas de las Escrituras, y se da mucho énfasis a este asunto. Por lo tanto, con justicia ha tomado su lugar en los credos de la Iglesia y en su colección de himnos. «Nosotros creemos que ha de venir», es la confesión de fe cantada miles de veces en el magnífico *Te Deum*.

Pero la venida del Señor es más que una realidad. Palabras tales como «velad», «esperad», expresan deseo yehemente y expectación. Ésta es la actitud que se nos manda que tengamos, más bien que una expectación pasiva. «Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor» (Mateo, XXIV, 42). «Esperando aquella esperanza bienaventurada, y la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo» (Tit., II, 13). Notad aquí la palabra que se usa: «Salvador». Y otra vez: «... en los cielos de donde también esperamos al Salvador» (Fil., III, 20).

«Y la segunda vez... será visto de los que le esperan para salud» (Heb., IX, 28). Así, pues, hay un aspecto en el cual hemos de esperar una salvación experimentada cuando Él venga otra vez.

Hay algunos cristianos que profesan no tener ningún interés en la segunda venida del Señor. Si fueres tú uno de éstos, déjame preguntarte algunas cosas. Tal vez tú has perdido algún ser querido, cuyo cuerpo descansa en una tumba: ¿Quisieras que su cuerpo permaneciera allí para siempre? ¿Cuál es tu esperanza de que ese cuerpo salga de la tumba? ¿No te das cuenta de que no hay poder capaz de hacerlo salir sino la venida personal de nuestro Señor? Te das cuenta a menudo de las flaquezas de tu cuerpo. La vejez se acerca, o la enfermedad le debilita. ¿Cuál es tu esperanza de tener un cuerpo perfecto, libre de flaquezas, libre de la muerte? No puedes tener tales esperanzas fuera de la venida del Señor. Estás con deseos de parecerle al Señor Jesucristo, pero siempre fracasando, ¿te das cuenta de que no hay otra esperanza para la perfección de su semejanza en nosotros, sino en su segunda venida? Tú ardes de justa cólera al ver las injusticias de los hombres en su manera de gobernar y en la desigualdad de nuestro sistema social. ¿Cuándo cesarán todas estas cosas? Cuando el Señor venga.

La redención de nuestros cuerpos. — Ésta es la frase del apóstol en Romanos VIII, 3. Él le llama la «adopción» en el sentido físico, el complemento de nuestra adopción espiritual ya realizado (v. 15). Así como su primera venida nos aseguró nuestra adopción espiritual en la familia de Dios, así también su segunda venida nos asegurará nuestra adopción física. La necesidad para este cambio ha de ser evidente. El apóstol Pablo la discute de esta manera: «Esto, empero, digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios; ni la corrupción hereda la incorrupción» (1.ª Corintios, XV, 50). Antes de poder subsistir en un estado celestial, estos cuerpos nuestros tienen que sufrir un gran cambio. Este cambio ya tuvo lugar en el cuerpo resucitado de nuestro Salvador. A su venida, los nuestros serán «semejante al cuerpo de su gloria» (Filipenses, III, 21). Todas nuestras enfermedades, debilidades y flaquezas nos hacen desear ardientemente ese cuerpo prometido con ansiosa esperanza.

La manera del cambio de nuestros cuerpos puede ser por resurrección o por el recogimiento de la Iglesia. Continuamos leyendo en 1.ª Corintios, XV, 51, 52: «He aquí, os digo un misterio; todos, ciertamente, no dormiremos, mas todos seremos transformados, en un momento, en un abrir de ojos, a la final trompeta; porque será tocada la trompeta, y los muertos serán levantados sin corrupción, y nosotros seremos transformados». Los creyentes que hayan muerto necesitarán que sus cuerpos sean resucitados. Y los que vivan, necesitarán que sus cuerpos sean transformados en un instante.

Que la resurrección de los creyentes tendrá lugar a la venida del Señor, claramente lo demuestra el versículo 23. La resurrección

del creyente es la consecuencia de la resurrección de Cristo, y la sigue en orden: 1) «Cristo las primicias»; 2) «Luego los que son de Cristo a su venida» (1.ª Cor., XV, 23). Los muertos no creyentes no resucitarán, sino hasta el fin del mundo (Apoc., XX, 5).

Esta transformación de los creyentes a la venida del Señor está hermosamente descrita en la primera Epístola a los Tesalonicenses, capítulo IV, versículos del 13 al 18. Este pasaje tan leído de los creyentes debe también aprenderse de memoria; su conclusión es el texto que Dios ha escogido para los sepelios; «por lo tanto, confortaos los unos a los otros con estas palabras».

El reino de justicia. — Cada cristiano debe saber el por qué y cómo de este maravilloso propósito, para que su expectación pueda tener la completa confianza y vida del testimonio de las Escrituras. Los profetas y el Apocalipsis dan una figura viva de este día venidero. Y en ella, la persona de nuestro Señor, es la gran figura central. Es Él a quien el Padre solemnemente ha prometido: «Pídemelo y te daré por heredad las gentes, y por posesión tuya los términos de la tierra» (Salmo, II, 8). Él tiene el derecho de reinar; viniendo Él, a lo suyo vino. ¡Gloriosa expectación para Él y para nosotros!

¿Necesitamos tener esta esperanza de nuestro Rey venidero? Solamente la ignorancia de las condiciones presentes del mundo puede dar lugar a dudas. Citaremos aquí el llamamiento que recientemente vió la luz en forma de una carta abierta firmada por prominentes patriotas de países, tales como Rusia, Alemania, Hungría, Noruega, Gran Bretaña y los Estados Unidos, diecisiete entre todos, pidiendo a nosotros, los cristianos, por nuestra creencia en Dios y en la oración, a cooperar con ellos para la salvación de la sociedad. Copiaremos aquí unas pocas frases de esta carta; dice así: «A favor de nuestras naciones, de nuestros padres, nuestras esposas y esposos, nuestros hijos y nietos, suplicamos de vosotros interceder por la raza humana. Viendo las condiciones por verdades bien fundadas, creemos que hay hombres que buscan establecer un imperio mundial, cuya base es la negación de Dios, antipatriotismo, falta de amor filial, con esclavitud política y económica para todos. Parece que hay conspiradores dirigiendo revoluciones, azuzando las clases y razas unas contra otras y contemplando una guerra colosal, en la cual correrán ríos de la mejor sangre de nuestros países... El primer requisito necesario es obtener sabiduría y guía divina. A este fin, nosotros, patriotas, esperamos del pueblo cristiano su cooperación».

La esperanza como una experiencia.

La esperanza cristiana, aunque interesada en el futuro, por medio del poder del Espíritu, posee el poder sutil de derramar en el corazón y en la vida la cualidad de su expectación como una experiencia presente. De manera que la esperanza es una cualidad esencial en el carácter cristiano, trayendo así las verdades futuras a nuestro presente con poder transformador.

De las muchas maneras en que la espe-

ranza ministra una presente santidad y devoción en nuestras vidas, hemos de contentarnos con sugerir unas cuantas solamente:

Paciencia. — «Si lo que no vemos, esperamos, por paciencia esperamos» (Romanos, VIII, 25). «Pues, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia, hasta que reciba la lluvia temprana y tardía. Tened también vosotros paciencia; confirmad vuestros corazones, porque la venida del Señor se acerca» (Sant. V, 7, 8). «Porque la paciencia os es necesaria, para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aun un poquito, y el que ha de venir, vendrá, y no tardará» (Hebreos, X, 36, 37).

Pureza. — «Muy amados, ahora somos hijos de Dios, y aun no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él apareciere, seremos semejantes a Él, porque le veremos como Él es. Y cualquiera que tiene esta esperanza en Él, se purifica, como Él también es limpio» (1.ª Juan, capítulo II, versículo 3).

Perseverancia. — «He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida» (2.ª Tim., IV, 7, 8). El apóstol Pablo, acosado de peligros, privaciones, persecuciones, por el amor de la venida de su Señor siempre en perspectiva, es para cada cristiano un ejemplo digno de imitar.

Bienaventurado es el creyente que tiene siempre ante sí la segura promesa de nuestro Salvador. «Porque has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la tentación que ha de venir en todo el mundo, para probar a los que moran en la tierra. He aquí, yo vengo presto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona» (Apoc., III, 10, 11).

NORMAN B. HARRISON.

La perversión total no es lo que algunos se creen. Dios no dice que la Humanidad está completamente equivocada en los negocios de los hombres unos con otros. Lo que Dios dice es que «todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios» (Rom., III, 23). Una canoa es magnífica para pasear por un río o un lago en una tarde de verano, pero sería un barco completamente malo para atravesar el Atlántico. De manera que no hay nada bueno en la canoa para este objeto. Lo mismo pasa con el hombre: que no hay en él nada bueno que sirva para que lo conduzca al cielo, pero Dios hará esto implantando una naturaleza nueva en el hombre que cree en Cristo como Salvador. Esta nueva vida, la justicia de Dios en Cristo, puesta a cuenta del creyente, conducirá al pecador al cielo.

antiguo de considerar a la mujer en el imperio romano) es más grave la penitencia para las mujeres que para los hombres, siendo los pecados idénticos. Asimismo hay que mencionar en esta ocasión la diferencia de trato con que se distinguía a los flámines, o sean los sacerdotes provinciales gentiles; generalmente el catecumenado duraba dos años; pero para estos sacerdotes se fija su duración en tres años. ¡Aquí hay sabiduría! Algunos años después Ambrosio fué elegido obispo siendo aún catecúmeno; los padres de Elvira alargan el período de prueba para aquéllos que habían sido ministros del paganismo. Si alguno les hubiera propuesto que un servidor de ídolos al medio año de haberse afiliado a la Iglesia fuera nombrado obispo, ¿qué habrían dicho aquellos hombres, varios de los cuales llevaban en su cuerpo las señales del martirio?

Aun se prestan estas disposiciones disciplinarias a otras consideraciones, pero vamos a dejarnos de más comentarios, que cada cual puede deducir según su saber y entender, pues del estudio de los cánones se desprenden bastantes otros detalles significativos.

El 36, ya varias veces mencionado, de que no debiera haber pinturas en las Iglesias, habla un lenguaje tan claro, que todas las tentativas de quitarle su significado, no pueden prevalecer; bien se comprende que la Iglesia de Roma, en el siglo xvi, por causa de él no haya querido aceptar el concilio de Elvira. No vamos a exponer aquí las habilidades de los que como Mendoza, Masdeu, Lafuente y sus sacerdotes han tratado de interpretarlo de modo que no constituyera un obstáculo invencible a la confirmación del sínodo iliberritano por el obispo de Roma. Causa verdadera lástima ver que varones ilustres, patriotas españoles, convencidos con razón de que dicho sínodo constituye por varios aspectos una gloria para la Iglesia española, no hayan tenido la energía moral suficiente para mantener la doctrina antigua de su Iglesia, sino

que hayan tratado de escamotearla, para lograr la aprobación de quien en cuanto a su religión y su moral estaba muy por debajo de los Hosios y Valerios del siglo iv.

En la Iglesia cristiana ingresaban los gentiles por imposición de manos, siempre que llevarán vida honesta; con este rito ya se hacían cristianos, aunque naturalmente en calidad de catecúmenos; dentro de dos años, éstos podían ser bautizados, si habían observado buen comportamiento; en caso de enfermedad aun antes. Pecados graves y notorios, cometidos anteriormente, no constituían un obstáculo, si los que solicitaban la admisión se habían convertido. Aun el no asistir durante mucho tiempo a la Iglesia no impedía el bautismo, siempre que testigos fieles, es decir, cristianos, dieran testimonio favorable, porque aunque se rara la no asistencia a la Iglesia como faltaba en el catecúmeno se consideraba, que la había cometido antes de ser regenerado por el bautismo «en el hombre viejos, mientras que, según hemos visto, al bautizado apóstata se le imponían por la misma falta nada menos que diez años de excomunión.

(Continuará.)

Seminario

Para todos los asuntos editoriales hay que dirigirse a

D. JORGE FLIEDNER,
Galileo, 14. - Madrid.

Para todos los asuntos administrativos hay que dirigirse a

D. FERNANDO CABRERA,
Beneficencia, 18. - Madrid.

Suscripciones a Seminario:
UNA pta. al año España y América.

Extranjero, 1,50 ptas.

Ejemplar suelto: 25 céntimos.

Seminario

Suplemento a «España Evangélica» editado por el Seminario Evangélico Unido

Año II. - Núm. 8.

Madrid, Julio de 1935.

25 cénts.

LA OBRA REDENTORA DE CRISTO

por ELÍAS ARAUJO

PARECE a primera vista una actitud razonable, tratándose de la obra redentora de Cristo, en la cual hay tanto elemento de misterio para nosotros, desistir de encontrar una teoría de la misma y limitarnos a apropiárnosla por la fe.

Evidentemente, esto último es lo esencial, lo que realmente importa. No seremos salvos por haber logrado una explicación racional de la obra salvadora de Cristo, sino por haber aceptado a Él mismo por nuestro Salvador. Pero, no obstante, sería una actitud equivocada la de renunciar a comprender en la medida en que nos sea posible, la obra de la Redención, porque estamos consuetudinos intelectualmente de tal modo, que no podemos estar permanentemente satisfechos con una creencia de la cual no podamos dar hasta cierto punto una explicación racional. Aun el cristiano más sencillo hallará que su percepción de la verdad cristiana es profundizada y su vida religiosa fortalecida, si no relega el hecho de la salvación al reino de lo ininteligible, sino que trata de alcanzar la más clara comprensión posible de su significado. Hay que reconocer, como ya queda indicado, que hay un grande elemento de misterio. Se trata aquí de los profundos secretos de Dios, de aquellas cosas en las cuales desean mirar los ángeles (1.º Pedro, I, 12) y debemos guardarnos contra la falta de modestia de aquellos que pretenden explicarlo todo. Pero tampoco debemos renunciar a comprender algo de las causas que motivaron la Redención y

del carácter de ésta. Un Dios a quien pudiésemos comprender por completo, no sería Dios para nosotros; pero un Dios a quien en absoluto no comprendiésemos, tampoco podría ser nuestro Dios, ya que nos sería imposible mantener con Él ninguna relación. Debemos insistir en esto, puesto que existe una tendencia algo generalizada a rechazar con indiferencia la doctrina de la Expiación. Ésta es rechazada por muchos porque la identifican con una determinada teoría en la cual han sido educados e ignoran el hecho, que debería ser bien conocido, de que nunca puede ser una prueba de ortodoxia la aceptación de una doctrina determinada acerca de la Expiación. Lo triste es que por ignorar esto, muchos han abandonado la fe en la misma Expiación, porque no han podido aceptar honradamente aquella teoría que erróneamente imaginaban ser idéntica con ella. Por otra parte, la Teología ha adolecido frecuentemente del defecto de limitar demasiado la obra de Cristo, concentrando la atención casi exclusivamente en su muerte. Conviene, por consiguiente, insistir desde el principio en la amplitud de la obra realizada por Él. Muchos han hablado como si Jesús hubiera nacido para que pudiese nuevamente morir; como si el propósito de la Encarnación quedase cumplido sola y exclusivamente en la Cruz. Pero la obra de Cristo comprendida en la Revelación además de la Redención. Él vino, primeramente, a revelarnos la naturaleza de Dios. La vida divina la vivió

bajo limitaciones humanas y así mostró las cualidades inefables de lo Divino en una vida y carácter humanos que cualquiera pudiera amar y aun comprender en cierta medida. Al mismo tiempo Él reveló el verdadero ideal de la Humanidad. No sólo nos mostró lo que Dios es, sino también lo que nosotros debemos ser. Además, aun la obra de la Redención se confina demasiado a la muerte de Cristo. Y esto no es escritural. El Nuevo Testamento pone un énfasis muy grande no sólo sobre la muerte de Cristo, sino también sobre su Resurrección en relación con su Obra Redentora. No se nos presenta simplemente la Resurrección como algo que atestigua las pretensiones de Cristo o cancela la maldición implicada en su muerte sino *como una parte integral de la obra de la salvación*. «¿Quién es el que condena? Cristo es el que murió; *más aun*, el que fué resucitado» (Rom., VIII, 34). «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados seremos salvos por su vida» (Rom., V, 10). Además, no podemos separar la muerte de Cristo de su vida. La Encarnación misma fué un sacrificio y el espíritu de sacrificio penetró toda su carrera terrenal. Es indudable que hay un significado peculiar ligado a la existencia del Calvario. Es evidente que la Crucifixión nos habla de un modo más elocuente que ninguna otra cosa del amor infinito de Jesús y de su perfección divina; pero empobrecemos el Evangelio cuando fijamos exclusivamente nuestra mirada en el Calvario y olvidamos el significado de Betlehem y de Galilea, de la tumba vacía y del Monte de las Olivas.

En la doctrina de la Expiación vemos más claramente que en ninguna otra parte que la formación de un sistema teológico depende del concepto que se tenga de Dios. Tenemos que guardarnos de representar a Dios como un ser vengativo, que exige un castigo para ser aplacado. No debemos insistir tanto en su justicia inflexible hasta el punto de olvidar su misericordia y su amor.

Ni por otra parte imaginarle como una deidad indulgente con el pecado. Lo mejor que podemos hacer es centrarnos lo más posible a los pensamientos de Cristo acerca de Dios. Y ya sabemos que el pensamiento sobre el cual más insistió Cristo al hablar de Dios, era el de su Paternidad. En cambio, poco o ningún énfasis puso en otros conceptos que después han dominado la teología. Lo que fué central y fundamental para Jesús, que conoció a Dios como ningún otro lo ha conocido, tiene que ser central y fundamental para nosotros. Desde este punto de vista tenemos que considerar en armonía con el Nuevo Testamento la Expiación como la expresión de la gracia y del amor de Dios. Esto nos libra de la noción pagana de que la muerte de Cristo era necesaria para aplacar a un Dios irritable. La verdad es, más bien, que la muerte de Cristo no hubiera sido nunca posible si Dios no hubiese sentido hacia el género humano un amor infinito. No debemos rebajar, sin embargo, la idea del amor de Dios. Su amor es un amor santo. Su justicia ha de colocarle en hostilidad implacable respecto del pecado. Ni aun debemos retraernos de hablar de la ira de Dios. Un ser incapaz de indignación moral, que pudiese contemplar las acciones malvadas de los hombres sin sentir ira, no merecería el título de Dios. Pero aun la justicia y la ira son elementos en el fuego consumidor de su amor. El Padre ve cómo los hombres, sus hijos, son víctimas del pecado. Su principal deseo es su bien, cómo lograr que el pecado, que ha estropeado el carácter de sus criaturas, pueda llegar a ser una cosa del pasado. Y en la muerte y resurrección de Cristo se halla la respuesta de Dios a este problema. El primer paso en el plan de salvación es ayudar al pecador a comprender y a sentir la verdadera naturaleza del pecado. La primera obra de Cristo es convenecer al mundo de pecado. Primeramente logra esto por la fuerte impresión de contraste entre nuestro carácter y el suyo. Conforme vamos considerando la perfecta be-

mujer el adulterio; los estupradores de muchachos; la viuda que habiendo fornica-do se casara con otro, que no fuera su cómplice; el delator, por causa del cual alguno fuera proscripto o muerto; los que acusaran a un obispo, presbítero o diácono falsamente sin poder probar su aservación:

En esta larga lista de pecados y de las sanciones que a cada cual debían aplicarse no debe verse, a nuestro juicio, que la Iglesia de España haya sido en aquellos tiempos menos moral que otras; sino que se debe tomar como un testimonio, que por cierto concuerda con otros, del estado moral del paganismo; muchas, acaso la mayoría de las faltas, pecados y vicios feos señalados aquí, los gentiles no los penaban, ni acaso consideraban como immoralidades. Por esto mismo la Iglesia los trata con tanto rigor. Los asesinatos, hurtos etc., apenas se mencionaban; ésos los castigaba la administración de justicia. Pero en estas otras cosas la Iglesia tenía que tomar decisiones energicas, si no quería morir en medio del cieno y fango del paganismo. Aprendan si quieren y pueden los neopaganos, los ateos, y los indiferentes en cuestiones morales, a comprender adónde se llegaría otra vez, si los principios del paganismo volvieran a imponerse, no como ahora ocurre con ciertos límites impuestos por la opinión pública y la legislación, sino de modo desenfrenado, y con aplauso de los que consideran al hombre únicamente como un animal de organización algo superior a los demás maníferos.

La enumeración tan extensa de aquellos, a quienes no se les debía dar la comunión ni aun al morir, es lo que ha dado principalmente motivo a que se les acusara a los padres de Elvira de Novacianismo. Pero no está justificada esta observación. Los novacianos negaban la comunión a todos los que después de bautizados caían en pecado grave, aunque se sometieran a la penitencia de la Iglesia, mientras que el canon 46 de Elvira permite aún al apóstata que vuelva a la comunión después de diez años de penitencia.

El rigor que indudablemente se manifiesta, sobre todo en cuanto a la idolatría, la formación y el homicidio coincide con la práctica general de la Iglesia antigua, que sólo se fué suavizando después de mediados del siglo III, no por cierto sin resistencia por parte de los rigoristas. Todos los anteriormente citados, excluidos de la comunión por tiempo más o menos largo, aun los excluidos para toda la vida, seguían considerándose como perteneciendo a la Iglesia. La idea que está detrás de ello, es la de que Dios puede perdonar, aunque la Iglesia no deba rebajar las penas establecidas por ella en defensa de su pureza. Se excluye de la comunión, pero no de la predicación ni de las oraciones. Todavía no se ha impuesto la doctrina contenida en la palabra tan dura *Extra ecclesiam nulla salus* que en su consecuencia llegó a obligar a la Iglesia empírica a admitir en su seno a los que la antigua no había querido admitir como miembros en plenitud de derechos, dejándolos a la misericordia y al juicio de Dios.

Pero también vemos entre los acuerdos del sínodo iliberitano algunos que significan *separación completa* de la Iglesia. El clérigo, que siendo usurero, persista en ello, después de haberse llamado al orden, deberá ser arrojado de la Iglesia; el que tenga ídolos en su casa por miedo a sus esclavos, y no se mantuviere personalmente limpio de toda idolatría, será considerado ajeno a la Iglesia; el propietario que permite que los frutos del campo sean bendecidos por los judíos (seguramente los rabinos) sea arrojado de la Iglesia; el auriga o pantomimo, que después de convertirse, vuelva a esa clase de actividad, sea arrojado de la Iglesia. Vemos en general que a los catecúmenos se les trata con más benevolencia que a los fieles; el rigor aumenta para los clérigos y sus familiares y para las vírgenes consagradas, de manera que a todos éstos se les castiga con penas más graves que a los seglares, que se encuentran en las mismas circunstancias. También (acaso sea esto consecuencia involuntaria del modo

el duunvirato, y las vírgenes, que se casan con los que las hayan violado.

Por dos años, los que ejercen el sacerdocio gentil, pero sólo llevan la corona, sin sacrificar a los ídolos, ni ofrecerles nada de lo suyo, y el testigo falso, si lo que imputó a otro no es crimen mortal.

Por tres años se les priva de la comunión a los padres que quebrantan la fe de los esposales de sus hijos; los que prestan sus vestidos para pompas seculares; y el que se haya dejado ordenar de diácono, habiendo cometido crimen mortal, si lo confiesa de su propia voluntad.

Cinco años de abstención del sacramento se imponen a la virgen seglar que haya fornicado; a los padres que hayan dado sus hijas en matrimonio a judíos o herejes; a los propietarios que admitan en sus rentas alguna parte ofrecida a ídolos; a los que, después de haber muerto su esposa, se casen con una hermana de la misma, si ésta es cristiana; al hombre o mujer que, estando casados, hayan cometido adulterio una sola vez; a la viuda que, habiendo fornicado, se casa con el cómplice; al delator, por cuya causa otro haya sido castigado en grado menos grave; al testigo falso, que no prueba su afirmación ante la junta de los clérigos; al que se haya dejado ordenar de diácono, habiendo cometido crimen mortal, si es descubierto por otro, y no por su propia confesión; y al fiel que, estando casado, haya fornicado con gentil o judía, siendo descubierto por otro.

No podrán llegarse a la mesa del Señor durante diez años el que pasando de la Iglesia católica a la herejía, luego pretenda volver a la primera; el cristiano que durante mucho tiempo no haya asistido a la Iglesia, siempre que no haya idolatrado; el que haya subido a ver el ídolo del Capitolio (porque se considera el mirar a los sacrificios como participación en ellos); la mujer que después de haber fornicado abandona a su cómplice; el hombre que, habiendo consentido el adulterio a su mujer, luego se separa de ella; y la viuda que, habiendo forni-

cado con un cristiano, se casa con el mismo.

Sólo en el caso de estar *moribundos* se admiten a la comunión la cristiana que se haya casado, sabiendo que el varón había abandonado a su mujer sin causa; la virgen consagrada, que haya fornicado una sola vez, siempre que durante toda su vida posterior haya demostrado su arrepentimiento; el cristiano que haya cometido adulterio repetidas veces, y la catecúmena que habiendo concebido por adulterio, haya ahogado el fruto.

Claro está y a mayor abundamiento se dice en muchas ocasiones, que sólo podrán admitirse a la comunión los que, habiendo-se arrepentido, se sometan a la disciplina eclesiástica. Podían asistir a la primera parte del culto en un lugar señalado, cerca de la puerta, se les consideraba como perteneciendo a la Iglesia, pero no se les volvía a admitir a la comunión, sino después de cumplida la penitencia, a no ser que una enfermedad grave pusiera en peligro su vida.

Pero no debían admitirse a la comunión, según los cánones del concilio iliberritano, ni aun *in artículo mortis*, los que después de haber sido bautizados, fueran a los templos de los ídolos, para adorarlos; ni los que habiendo sido sacerdotes de los gentiles volvieran a sacrificar después de bautizados; los flámines, que después de haber sido ya penitenciados una vez, fornicaran (esto debe referirse a ciertos ritos inmorales relacionados con el culto pagano), los que mataran a otro por maleficio, por no poder hacerse esto sin idolatría; los fornicarios que reincidieran; las mujeres que, abandonando sin causa a sus maridos, cometieran adulterio; las alcahuetas; los que casaran a sus hijas con sacerdotes gentiles; los obispos, presbíteros y diáconos, que fornicaran; el casado que habiendo fornicado y sido reconciliado, reincidiera; la mujer que matara el fruto de su adulterio; las que cometieran adulterio hasta el fin de su vida; el clérigo que sabiendo a su mujer adúltera, no la hubiera repudiado; los que se casaran con su entenada; el que consintiera a su

llez de su vida, vamos comprendiendo las grandes imperfecciones de la nuestra. En segundo lugar, por su presentación de la naturaleza y del amor de Dios. Esta revelación del amor de Dios pone de relieve la horrible ingratitud de nuestra rebelión. Ahora bien; esta revelación tiene su climax en la muerte de Cristo. El hecho de que el hombre pecador pudiese tratar del modo que lo hizo al Unigénito del Padre reveló la odiosa malignidad del pecado del modo más patente. Y, por otra parte, el hecho de que para salvar al hombre del pecado Dios entregase a su Hijo a la muerte, mostró cuán virulento era el veneno con el cual estaba infectado el género humano.

Hacer comprender al ofensor la gravedad real de su ofensa es imprescindible para lograr su enmienda; pero es una tarea bien difícil. Uno de los peores efectos del pecado es que adormece la conciencia del pecador. Nubla su percepción del daño que en él se está operando. Pero si hay alguna capacidad de enmienda, la conciencia ha de ser removida por el espectáculo de la ruina y estrago obrados por el pecado. Esto nos ayuda a comprender uno de los propósitos cumplidos por la Cruz. La precisa índole del pecado la comprendemos mejor cuando vemos que él fué lo que crucificó al Santo de Dios. De este modo se produce el arrepentimiento. Y aquí surge la cuestión: ¿Es el arrepentimiento por sí solo un adecuado motivo para el perdón? ¿Es la cruz de Cristo meramente un instrumento para producir el arrepentimiento, o es algo más? Si somos fieles al Nuevo Testamento tendremos que reconocer que es algo más. El perdón no debe darse por concedido de un modo demasiado fácil. Pablo enseña en el capítulo tercero de su carta a los Romanos que Dios, atento a haber pasado por alto en su paciencia los pecados pasados, propuso a Jesús como propiciación por la fe en su sangre, para demostrar su justicia. Indicando así que había el peligro de que la paciencia de Dios en el pasado condujese a los hombres a interpretar torcidamente su

clemencia como indiferencia hacia el pecado. No es bueno para el transgresor ser perdonado en condiciones demasiado fáciles porque entonces a sus propios ojos se degrada la norma moral.

Varias han sido las teorías ideadas para explicar la relación entre la muerte de Cristo y la salvación que de ella se deriva para el creyente. Mencionemos solamente las más importantes: 1.ª, la teoría de la satisfacción o sustitución, que enseña que Cristo pagó en nuestro lugar la deuda que por el pecado habíamos contraído con Dios; 2.ª, la teoría gubernativa, que aunque presenta a Dios enteramente dispuesto a perdonar al pecador arrepentido sin recibir ningún precio por la remisión del hombre, sostiene, sin embargo, que la cruz de Cristo fué necesaria para mostrar cuánto aborrece Dios el pecado y para que la majestad de Dios y su justicia no sean menoscabadas por no haber pena ninguna por el pecado; 3.ª, la teoría de la «influencia moral» que dice que Cristo vino al mundo para realizar su misterio de enseñanza, de consolación, de ecuación, de bendición, sabiendo que esta actuación suya le llevaría a la muerte y que él murió para mostrarnos que ante nada se detiene el amor divino; que el corazón humano solamente podía ser movido a un verdadero arrepentimiento por la contemplación de Cristo crucificado. Muy probablemente todas estas teorías contienen un elemento de verdad; pero todas ellas están expuestas a graves objeciones. Mucho más profunda que todas estas teorías es la doctrina que Pablo desarrolla en el capítulo V de Romanos y en el XV de 1.ª Corintios. En ambos pasajes establece Pablo un paralelo entre Adán y Cristo. Vemos allí que el apóstol considera el pecado de Adán, no meramente como el pecado de un individuo, sino como un acto racial, como el pecado de todo el género humano. No se nos dice que Adán pecó en nuestro lugar y que nosotros llevamos la pena, sino más bien que el pecado de Adán fué nuestro pecado. Y así también siguiendo el paralelo de Pablo, po-

demostró que la muerte de Cristo fue nuestra muerte. Cristo, identificándose con la Humanidad, hizo de su sacrificio individual un acto de toda la raza humana. «Porque el amor de Cristo nos construye, pues juzgamos esto: que uno murió por todos; luego todos murieron» (2.ª Cor., V, 14).

Al morir Cristo en la cruz abraza consigo a toda la Humanidad e idealmente toda la Humanidad sufre y muere con Él en la cruz. Claro es que la aplicación práctica de este sacrificio es solamente personal. «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí» (Galatas, capítulo II, versículo 20). Ya en la Encarnación Jesús se identificó con nosotros; pero esta identificación tuvo su culminación en la Cruz. En esta experiencia Jesús se hizo uno con nosotros y Él nos hizo uno consigo mismo. Parte de esta identificación fue que Él conociera la paga del pecado. Su más amarga consecuencia es la separación que hace entre el hombre y Dios. Esta es la verdadera muerte y por esta muerte Cristo pasó antes de entregar su espíritu al Padre. Y no fue que Dios hubiera cesado de amar a su Hijo en ningún momento de su Pasión. Por el contrario, nunca pudo el

Padre sentir más amor y complacencia por su Hijo que en aquellos momentos en que Él ofrecía su vida en favor de los hombres. Pero es que la más amarga consecuencia del pecado no podía ser evitada. Para que Él pudiera ser uno con nosotros en nuestra experiencia más dolorosa, la del alejamiento de Dios, el Padre cesó por un momento de visitar el alma de su Hijo Amado con su comunicación. De este modo vemos que el término que mejor expresa la Obra Redentora de Cristo es el de *identificación*.

No es meramente que Cristo se hace nuestro representante, sino que se identifica con nosotros de un modo perfecto. El pensamiento de solidaridad de nuestra unión con Cristo, es presentado con insistencia por Pablo. Él insiste en que somos todos miembros de un mismo cuerpo cuya cabeza es Cristo. Y así en Jesús los hombres pueden alcanzar la salvación porque Dios los ve en Cristo, y el juicio de condenación que lanzó sobre el género humano cuando éste tuvo por representante y símbolo a Adán, es cambiado en juicio de aprobación al considerarle ahora representado y simbolizado por el segundo Adán que es Cristo, nuestro Redentor.

más que en grado relativo. Quien entonces tenía interés por el Cristianismo legítimo, lo tenía que buscar donde lo hubiera, y Carlomagno y sus consejeros en cuestiones espirituales, lo mismo que sus sucesores, hallaron más doctrina cristiana en España que en Italia.

Tratemos de hacer ahora un breve estudio de los cánones del Concilio de Elvira, para ver lo que nos dicen del estado de la Iglesia Cristiana Española en aquel tiempo. Pero antes haremos constar, que no existe la menor noticia fidedigna de que hayan asistido a este sínodo legados del obispo de Roma, ni de que su aprobación haya sido solicitada, ni otorgada. Por el contrario, la misma obra de Mendoza, escrita para que el Papa reconociera el sínodo, o, como dice el jesuita, lo confirmara, demuestra que en el siglo XVI se sabía muy bien que no existía ese reconocimiento oficial, que la asistencia de legados suponía. La Iglesia de España, como la de África, la de Egipto y otras en aquellos tiempos, arreglaba sus asuntos con plena independencia.

Mendoza cita bastantes cánones, que más tarde se han atribuido al concilio de Elvira, pero que a todas luces son apócrifos; nosotros detendremos en ellos. Aun en los 81 que se consideraran auténticos, acaso se podrá hallar alguna interpolación, o ampliación debida a tiempos posteriores (sospechoso me parece, V. gr., el canon 33, por su rigor respecto del celibato, si se le compara con los acuerdos correspondientes del Concilio de Nicea), pero en la actualidad no disponemos aún de datos suficientes para esta clase de crítica. De todos modos, aunque algunas palabras se hayan alterado, el espíritu general que las anima se conoce bien.

Al principio, parece haberse intentado seguir cierto orden, tratando de la idolatría, el homicidio y la impureza sexual; pero más adelante se hallan cánones que a estos mismos temas se refieren, mezclados entre otros; si al comienzo había alguna pauta, muy pronto parece como si cada cual hu-

biera expuesto sus dudas o sus opiniones para que el sínodo decidiera acerca de ciertos extremos, que le interesaban a él, o a su Iglesia. Esto ha perjudicado algún tanto el orden, que hubiera facilitado emplear los acuerdos como un código de disciplina, pero conserva en cambio cierto carácter de realismo vivo. No se trataba de una reunión solemne de juriconsultos, que aprueben los trabajos previos de una comisión nombrada al efecto, sino de una asamblea de hombres, que se hallan en contacto con la dura realidad, y se han reunido, no sólo para llegar a cierta unidad de procedimiento, sino más aun, para encontrar en los hermanos el apoyo y ayuda necesarios para luchar contra el pecado dentro de la Iglesia. Una vez se nos dice *placuit cunctis* (pareció bien a todos), en los demás casos *placet* o *placuit*, lo que parece indicar que los acuerdos se han tomado generalmente por mayoría.

En cuanto a las penas impuestas, vemos que existe una gradación bien marcada en general, aunque no falta de flexibilidad. Simplemente prohibición aparece en dos cánones, en los que que se prohíbe que los clérigos salgan de su lugar para dedicarse a los negocios, y que los libertos ingresen en el clero, cuando sus patronos son seglares. Se prohíbe la participación en la comunión *por tiempo indeterminado*: a los jóvenes que después de haber recibido el bautismo hayan fornicado, admitiéndolos nuevamente cuando se casen, después de haber hecho la debida penitencia; a los que no hayan asistido a la Iglesia durante tres Domingos; a los energúmenos, si no obedecen a ciertas disposiciones; a los cristianos que coman con los judíos; a las que, siendo fieles o catecúmenas, tengan un marido que sea actor de teatro, o cómico; al cristiano, que estando casado, haya fornicado con una gentil o judía; al fiel que juegue a los dados, o a otro juego de azar.

Quedan excluidos del sacramento *por un año* los jugadores que se hayan enmendado, los magistrados durante el año que ejerzan

ALGUNAS OBSERVACIONES REFERENTES AL CONCILIO DE ELVIRA

por JORGE FLIEDNER

(Continuación.)

Basta citar los nombres de Alcuino, Leitrado de Lyon, Claudio de Turín por un lado, y Elipando, Félix de Urgel y Eulogio de Córdoba por el otro, para recordar al que conoza un poco la historia eclesiástica de aquel tiempo la intensidad de las relaciones que entonces mantenían ambas Iglesias; tema, por cierto, que merece ser estudiado aparte, no sólo para aquel siglo, sino

también para los anteriores y posteriores.

Y es natural que así fuera. La sede de Roma, sujeta a los ostrogodos, imperiales y langobardos en los siglos VI, VII y VIII, debilitada por su propia decadencia espiritual y moral en los siglos IX, X y XI, sólo pudo alcanzar la influencia, que más tarde obtuvo, por medio de los emperadores sajones y francos y los monjes cluniacenses que, cada grupo a su manera, contribuyeron a purificar el papado, aunque sin conseguirlo

EL ABC DE LA BIBLIA

CAPITULO. LIII. — LAS DOS AVECILLAS

CASI todas las cosas en el Tabernáculo y en su servicio eran parte de una gran representación de la vida de Nuestro Señor Jesucristo. Claramente podemos ver esto en la ley de las dos avecillas (Lev. 14) que Dios dió a Moisés para la limpieza de los leprosos. Cuando un leproso era limpio, tenían que hacerse ciertas cosas antes de que fuera declarado limpio y libre para entrar y salir entre el pueblo de Dios.

La lepra era una enfermedad terrible. En la lección objetiva de las dos avecillas la lepra representa el pecado. De la misma manera que la lepra se apoderaba de los hombres y los hacía inmundos, así el pecado, se ha posesionado de todos los hombres, y todos, sin excepción, necesitan ser limpiados. Ésta es una figura de vuestro corazón y del mío: somos pecadores y necesitamos a Cristo.

Primeramente, el sacerdote cogía dos avecillas. Estas dos aves eran una figura de Cristo. La lengua hebrea, en la cual fué escrito el Antiguo Testamento, llama a estas avecillas gorriones. Ellos son una clase de aves muy corrientes. El Señor Jesús nos dice cuán poco valían los gorriones, cinco eran vendidos por dos blancas, una cantidad de dinero muy ínfima. Así, los hombres, tuvieron en poco al Señor Jesucristo. Nos acordamos que Dios dice que Cristo «fué despreciado y desechado entre los hombres» (Isaías, LIII, 3).

En esta figura de la purificación de los leprosos (en Levítico, catorce), había dos avecillas, no una, para demostrar que Jesucristo era Dios y Hombre. Las avecillas debían de ser «vivas y limpias», así, nuestro Señor, tenía vida en sí mismo, y era sin pecado; Él no «conoció pecados».

Después los sacerdotes tenían que tomar palo de cedro, grana e hisopo. El palo de cedro tiene un olor suave; la vida del Señor Jesucristo y su muerte por nosotros fueron a Dios olor de suavidad. La grana era el color de la sangre que Jesucristo derramó por nosotros; y el hisopo era la pequeña planta usada en el Tabernáculo para el rociamiento de la sangre, así como Jesús tomó un lugar de humillación haciéndose hombre para salvarnos. La rama de hisopo se ataba al palo de cedro con una cuerda de grana. Todo esto era una figura de Jesucristo muriendo en la cruz. El rey David dijo: «Purifícame con hisopo, y seré limpio» (Salmo LI, 7). En esta oración, él quería ser rociado con la sangre. Él había pecado, y sabía que la lepra del pecado estaba en su corazón, y por eso pedía ser limpio con la sangre.

El sacerdote tomaba las dos avecillas fuera del real, lo mismo que Jesucristo murió fuera de la puerta de la ciudad de Jerusalem (Heb., XIII, 12). Después el sacerdote mataba una de las avecillas y recogía la

sangre en un vaso de barro. Esto es una figura de la muerte de Jesucristo en su cuerpo, el vaso de barro, en el cual Él vino para poder morir por nosotros.

Entonces la avecilla viva era mojada en la sangre de la avecilla muerta y después soltada al campo donde volaba y desaparecía en la inmensidad del cielo, toda cubierta con la sangre de la otra avecilla. Esto nos muestra claramente la resurrección de Cristo. La avecilla viva tenía las manchas del ave muerta sobre sí; también Nuestro Señor Jesucristo tenía las marcas de su muerte en sus manos, pies y costado cuando se levantó de los muertos.

El ave viva, soltada, era una figura de que Jesucristo es ahora libre de las garras de la muerte, y que nunca tendrá que morir otra vez.

El avecilla viva, libre, voló hacia el cielo como figura de que el Señor Jesucristo ascendería a los cielos después de terminar su obra redentora en la tierra. Y así como el ave viva tenía las marcas de sangre sobre su cuerpo, también el Señor Jesucristo ha llevado su preciosa sangre a los lugares celestiales (Heb., IX, 12, 23).

Después de esto, el sacerdote tomaba la sangre de la avecilla muerta y rociaba con ella al leproso. Así cada pecador puede venir al Señor Jesucristo y saber que encontrará perdón para sus pecados por la muerte de Cristo en lugar nuestro, y su sangre derramada.

Y el leproso podía saber que estaba limpio porque el avecilla viva quedaba libre y volaba al cielo, aunque marcada con la sangre del avecilla muerta. Así también el pecador puede saber que es libre para siempre del castigo del pecado, porque Jesucristo fué «entregado por nuestros delitos, y resucitado para nuestra justificación» (Romanos, IV, 25). El hecho de que Cristo vive

es prueba para nosotros de que Dios está satisfecho para siempre con su muerte en nuestro lugar.

Todavía hay en todo esto otra figura de la muerte de Cristo y de la salvación del pecador. Porque el leproso no tenía que hacer nada; todo se le daba hecho. Él no tenía que matar la avecilla, ni que mojar la viva en la sangre de la muerta, ni tampoco que soltarla. El sacerdote hacía todo esto a favor del leproso; solamente tenía que mirarle, hasta que, por último, era rociado con la sangre. Así también el pecador no puede hacer absolutamente nada para su propia salvación. Está plenamente hecha por Jesucristo, quien exclamó cuando moría: «Consumado es» (Juan, XIX, 30). Todo lo que Dios podía hacer por nuestros pecados está ya hecho, y la salvación es dada a los hombres como un don gratuito. Todo lo que tenemos que hacer, ahora que Jesucristo murió y resucitó de los muertos, es creer que somos pecadores, y que Él tomó nuestro lugar en la cruz, muriendo en lugar nuestro.

Cuando leamos estas historias en el Antiguo Testamento tratemos de encontrar en ellas figuras de Jesucristo. Cuando Él resucitó dijo a dos de sus discípulos que ellos estaban tristes porque no se habían dado cuenta de que el Antiguo Testamento les había hablado de su muerte; así que, empezando en el libro de Moisés y en todas las Escrituras, les declaró las cosas que decían de Él, sobre todo de su muerte y resurrección, por lo cual sus discípulos estaban compungidos. Después, cuando Cristo dejó a estos dos discípulos, ellos dijeron: «¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?» (Luc., XXIV, 32). Fué la explicación de lo que el Antiguo Testamento decía de Jesucristo lo que trajo gozo a estos discípulos. Nosotros también tendremos grande gozo si reconocemos a Jesucristo en todas las Escrituras. Pedid al Padre que os muestre «tros lugares en el Antiguo Testamento donde Jesucristo está representado simbólicamente».

CAPITULO. LIV. — LOS JUDÍOS ERRANTES

Dios hizo fácil para los hijos de Israel que ellos actuasen como hijos suyos. Dios les dió leyes que les decían todas las cosas que debían hacer desde que se levantaban por la mañana hasta que se acostaban por la noche. Si ellos obedecían, Dios les bendecía. Pero porque Dios había hecho tan fácil hacer el bien fué necesario también que Dios decretara fuertes castigos, en caso de que ellos no cumplieran su voluntad. Sus leyes llevaban consigo grandes castigos, y ellos tenían que escoger entre obedecer y ser bendecidos, o desobedecer y ser castigados.

Ellos escogieron desobedecer.

Cuando los hijos de Israel estaban para entrar en la tierra de promisión se congregaron todos para oír la ley de Dios una vez más. Lo que ellos escucharon fué el libro del Deuteronomio. Este libro es la repetición de

la ley que Dios había dado a Moisés y al pueblo, bajo los truenos y relámpagos del monte Sinaí. Aquí Dios había dicho al pueblo que si ellos escuchaban su voz y observaban sus mandamientos, Él los bendecía, y los colocaría sobre todas las naciones de la tierra (Deut., XXVIII, 1).

Pero también Dios les dijo que, si desobedecían, Él los echaría fuera de la tierra y los esparciría sobre la faz de la tierra, entre las demás naciones, del un cabo al otro de la tierra. Dios les dijo que entre ellas no encontrarían descanso. Sus mismas palabras fueron: «Ni aun entre las mismas gentes descansarás, ni la planta de tu pie tendrá reposo; que allí te dará Jehová corazón temeroso, y caimiento de ojos, y tristeza de alma. Y tendrás tu vida como colgada delante de ti, y estarás temeroso de noche y de día»

(Deu., XXVIII, 65). Dios sigue diciendo que tendrían tanto miedo, que por la mañana desearían que fuese de noche, porque tendrían miedo del día, y que por la noche desearían que fuese de día, porque tendrían miedo de la noche.

A pesar de las promesas de bendición, si obedecían, y del anuncio del castigo, si desobedecían, el pueblo de Israel escogió desobedecer. Pasaron muchos años en los cuales el Señor tuvo paciencia con ellos, pero ellos desobedecían constantemente. Los dioses de las naciones vecinas eran ídolos, y Dios les había dicho una y otra vez que no debían adorar a los ídolos, sino solamente al Dios vivo y verdadero. Esto era la primera parte de los diez mandamientos que Dios les había dado desde la montaña. Sin embargo, ellos se olvidaban de esto y se iban tras los dioses ajenos de las naciones vecinas. Ellos amaban el pecado que iba con la adoración de estos dioses. Ellos edificaban altos en los que adoraban a los dioses de los países paganos, y encendían fuegos para adorarlos, haciendo que sus hijos corriesen y saltasen a través del fuego, como hacían los paganos. Todas estas cosas desagradaban a Dios, como es de suponer.

Dios fué paciente con su pueblo por mucho tiempo, pero, por último, llegó el día cuando los avisos terminaron, y los castigos cayeron sobre ellos. Dios es justo, y tuvo que castigar a su pueblo, como había dicho que lo haría. Los ejércitos de los reyes enemigos invadieron la tierra de los israelitas y Dios no protegió más a su pueblo de sus enemigos, sino que permitió que el enemigo destruyera las murallas de Jerusalem y quemara las casas de sus moradores. Algunos de los reyes pensaron que la mejor manera de tratar a los judíos era llevarlos cautivos. De manera que cuando hubieron destruido las ciudades tomaron al pueblo, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, y los hicieron marchar a través del árido desierto a la tierra de los dos grandes ríos, el Eufrates y el Tigris. Aquí estuvieron cautivos los hijos de Israel, de la misma manera que habían estado cautivos años atrás en la tierra de Egipto.

Mucho, mucho tiempo antes, Dios había prometido una tierra a Abraham y su simiente para siempre. Esta tierra fué tomada por estos reyes de los gentiles y todavía no ha sido restituída en manos de los judíos. La tierra que se llamaba «tierra que fluye leche y miel», se convirtió en una tierra desierta y estéril. En lugar de producir sus campos buena cosecha, se volvieron campos de cizañas. La tierra se volvió como el corazón de los judíos. En lugar de fidelidad y obediencia, sus corazones estaban llenos de pecados y desobediencia.

Dios envió a muchos profetas para que hablaran a su pueblo. Algunos profetizaron antes de ser llevados cautivos, avisándoles del castigo que venía sobre ellos. Otros, predicaron cuando estaban en la tierra de cautividad. Dios tenía que castigar a su pueblo, pero todavía los amaba.

Los profetas hablaron de la miseria de esta nación desobediente, pero también ha-

blaron palabras de promesa. Dios decía que vendría el día, cuando Él traería a su pueblo de nuevo a la tierra prometida. Él les dijo que todas las promesas que había hecho a sus padres serían cumplidas. Cada promesa, por pequeña que pareciera, sería cumplida.

Uno de estos profetas, el profeta Oseas, nombró a sus hijos como Dios le mandó; estos nombres declaraban lo que Dios iba a hacer con su pueblo Israel. El primero de los hijos del profeta Oseas fué una niña, y se llamó «La no compadecida», porque Dios iba a juzgar a su pueblo. El segundo hijo tuvo por nombre «No pueblo mío».

Este profeta Oseas debía de haber asustado a los hombres de entonces con estos nombres que puso a sus hijos. Ellos sabían lo que significaban, sabían que Dios les estaba diciendo que Él no iba a tener misericordia de esta nación desobediente, y que Él los iba a tratar como si ellos no fuesen pueblo suyo.

Más tarde Dios hizo que Oseas cambiara los nombres de sus hijos. «La no compadecida» habría de llamarse «La Compadecida», y el «No pueblo mío» se llamaría «Pueblo mío». Estos nombres tenían un hermoso significado; demostraban que, aunque Dios tuviera que castigar a la nación de Israel, vendría tiempo cuando Él traería a su pueblo a sí mismo y cumpliría todas las promesas de bendiciones que Él había ofrecido. Dios tendría misericordia de ellos y otra vez serían su pueblo.

TROZOS

Si un hombre, viajando en su automóvil, quiere ir hacia el Norte, y por equivocación conduce su coche en dirección Este, no le queda más remedio que hacer una sola cosa: reconocer su error y encaminarse al destino deseado. El ofrecer llevar gratis a un pobre hombre que va por el camino llevando una pesada carga no será suficiente para que el coche se encamine hacia el Norte. Sin embargo, hay muchas personas que, siendo pecadores ante Dios, piensan que pueden llegar al cielo llevando una vida de servicio a los demás. La salvación no es por obras. Todos han de ir por el camino indicado. Esto significa que cada uno ha de nacer de nuevo por fe en la sangre de Jesucristo.

Los empleados en una fábrica donde se trabaja el acero ganan muy buenos jornales, por el trabajo forzado de dirigir las grandes barras de acero incandescente a las máquinas donde se prensa y se corta. Durante la semana esta gente trabaja medio desnuda, llenos de mugre y de sudor. Pero los Domingos, vestidos con sus trajes elegantes, bien se les pudiera tomar por mi-

Gustosamente enviaremos ejemplares para propaganda a cuantos pastores y directores de Iglesias y Misiones lo soliciten.

nistros del Estado. Cuando un hombre acepta a Jesucristo como su Salvador tiene el derecho de echar a un lado los vestidos sucios de sus buenas obras y de ponerse el manto de la justicia de Cristo. Descansando en Cristo «él ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas» (Heb., IV, 10).

Millones de africanos nativos jamás han oído el nombre de «África». Este nombre no le ha sido dado al gran continente por sus mismos habitantes, sino por hombres de otros países. De la misma manera hay muchas personas llamadas cristianas, que no saben nada del significado verdadero de este nombre. El Señor dijo a la Iglesia de Sardis: «Yo conozco tus obras, que tienes nombre, que vives, y estás muerta». (Apocalipsis, III, 1). Mire cada uno que su profesión sea también posesión. El nombre solo nada significa.

Un hombre puede decir que no puede creer, pero Dios dice que él no quiere. «Y no queréis venir a Mí para que tengáis vida». El que un hombre diga «no puedo creer», revela un corazón duro y engañoso. El fondo de la incredulidad es «yo no quiero». «Ésta es la condenación, porque la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz; porque sus obras eran malas» (Juan, III, 19).

ESPAÑA EVANGÉLICA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN PARA 1932

España y Portugal.

Año	6,— pts.
Semestre	3,— »
Paquetes desde 10 ejemplares:	
Trimestre, por ejemplar	1,25 pts.
Semestre, por ejemplar	2,50 »
Año, por ejemplar	5,— »

América.

Año	10,— pts.
Semestre	5,— »
Paquetes, por ejemplar	8,— »

Los demás países.

Año	12,— pts.
Semestre	6,— »

Importante. — Las suscripciones por paquetes habrán de abonarse NECESARIAMENTE antes de terminar el trimestre correspondiente.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Beneficencia, núm. 18. - Madrid (4).
TELÉFONO 33590.

FIN DE TRIMESTRE

Nuestros abonados de paquetes deberán recordar la necesidad de abonar el trimestre actual antes del 30 del corriente, conforme a las condiciones establecidas para el servicio de suscripciones en esta forma. Muy agradecidos.

BUDAPEST:

La Novena Convención Mundial de Esfuerzo Cristiano.

EN la hermosa ciudad de Budapest, llamada la «reina del Danubio», se ha celebrado, durante los días 2 al 7 del pasado Agosto, la Novena Convención Mundial de Esfuerzo Cristiano. La elección de esta ciudad para celebrar esta Convención fué acertada, no sólo por las bellezas que la ciudad posee, sino principalmente por la hermosa obra que la Unión Húngara de Esfuerzo Cristiano está realizando.

Las reuniones de la Convención fueron precedidas por una reunión de pastores, preparada para obsequiar con un té a los pastores delegados de los otros países, y así unirse con los hermanos húngaros en cordial confraternidad cristiana.

El Rdo. Paul Nyary, presidente de la Unión Húngara de Esfuerzo Cristiano, nos dió la bienvenida, y contestaron, con el mayor reconocimiento, en nombre de los demás pastores, el Dr. James Kelly, presidente de la Unión Europea, y el Dr. Daniel Poling, presidente de la Unión Mundial.

Por la tarde se celebró la reunión inaugural en el grande y elegante Teatro Municipal. En un lugar muy destacado se veía una gran pancarta, con el monograma de Esfuerzo Cristiano y una paloma sobre el mar, volando con un ramo de olivo en el pico. Había otra pancarta que representaba a la juventud del mundo, en sus diferentes

razas, reunida junto a la Cruz, y una inmensa bandera en forma de pez, que los esforzadores japoneses habían enviado, como símbolo de buena voluntad. La presidencia estaba formada por los directivos de las Uniones Mundial, Europea y Húngara, y los representantes de su alteza el Regente y del Gobierno de Hungría, del Municipio de Budapest y de las distintas Iglesias de aquel país. Detrás de ella, un nutrido coro, compuesto por más de trescientos esforzadores de ambos sexos, que, con sus severos uniformes, daban un aspecto mejestuoso al escenario de dicho Teatro Municipal. La sala, ocupada por completo por los esforzadores de todos los países, ofrecía un magnífico aspecto.

Presidió el Rdo. Paul Nyary, el cual leyó un mensaje de bienvenida del Regente. El ministro de Hacienda saludó, en nombre del Gobierno, a todos los reunidos, y le siguieron en su parlamento los representantes del Municipio de Budapest, de la Iglesia Reformada, de la Iglesia Luterana, Iglesias libres, Bautistas, Metodistas, Hermanos del Movimiento de Estudiantes Cristianos, Unión Húngara de Escuelas Dominicales y de la Unión Cristiana de Jóvenes.

Contestó a estos discursos de bienvenida el Dr. James Kelly, en nombre de la Unión Europea, apreciando mucho las palabras de

simpatía de su alteza el Regente y del Gobierno, como también las de las Iglesias y demás actividades evangélicas allí representadas. El Dr. Poling recalcó el hecho de que esta unión de esforzadores cristianos no era una unión de lenguas, ni de Gobiernos, ni de razas, ni siquiera una unión de dogmas o de relación eclesiástica, sino una unión en Jesucristo, nuestro Salvador.

El sábado por la mañana, el barón Podmaniczky habló en la hora devocional sobre «El reino de Dios», puesto que el tema de la Convención era «El Reino viene». En la sesión siguiente presidió el Dr. Poling, y habló sobre los «Principios del esforzador cristiano», y el Rdo. A. E. Cory, de Indianapolis, basó su discurso sobre «El esforzador cristiano y la Iglesia». Es una verdadera lástima que no podamos ocupar más espacio para sacar al menos un bosquejo de estos importantes discursos, llenos de vigor espiritual, y que nos guiaban a pensar en lo que significa que la juventud se desarrolle en el espíritu del servicio cristiano.

Por la noche del mismo sábado hubo una reunión pública, en la cual fueron llamadas todas las naciones allí representadas. La reunión resultó entusiasta y emocionante. A medida que el Dr. Kelly, que presidía el acto, llamaba a las naciones por orden alfabético, se adelantaban los delegados con sus



Los esforzadores desfilando por las calles de Budapest.

respectivos estandartes y pronunciaban un saludo efusivo para todos los demás compañeros. Veintisiete naciones estaban allí representadas, siendo cada una de ellas saludada con frenéticos aplausos. Luego, por una feliz inspiración, hubo un cambio de banderas, y todos juntos cantamos el himno «Sagrado es el amor, que nos ha unido aquí».

El Domingo, los delegados se distribuyeron por las diferentes Iglesias de Budapest, y el que esto suscribe tuvo el privilegio de asistir a la Iglesia Reformada de la plaza de Calvino, en donde predicó el Dr. Poling. El presidente de la Unión Británica predicó en la Iglesia Reformada de Godollo, donde el Regente tiene su palacio de verano, asistiendo él mismo al servicio religioso, y una vez terminado, Mr. Bullock fué presentado al Regente, quien en perfecto inglés le hizo varias preguntas referentes a la Convención, y expresó su deseo de que este movimiento tuviera los mejores éxitos.

Para las tres de la tarde estaba señalada una manifestación pública, y una vez reunidos todos los esforzadores junto al edificio de la Unión Húngara, marchamos todos en procesión con los estandartes, por las principales calles de Budapest, siendo una de ellas la famosa Andrassy-út, hasta llegar al cenotafio, hermoso monumento que conmemora el milenario Estado de Hungría. La procesión iba precedida por una banda de música, llamando, naturalmente, la atención de la mayor parte de los ciudadanos. Al llegar al cenotafio, cuatro señoritas húngaras, vestidas con su traje nacional, colocaron en él una hermosa corona en nombre de la Convención, inclinando a la vez los delegados sus respectivas banderas.

El acto final del Domingo, fué una reunión de alabanza. Este acto tuvo lugar en la Academia de la Música, presidido por el presidente del Comité local de la Convención. El primer canto fué el Himno de la Convención, himno que había compuesto el profesor de la Academia, Mr. Eugen Adam, y que él mismo dirigió. Fué cantado con tanta afinación, que la concurrencia no cesaba de aplaudir, viéndose obligados a repetirlo nuevamente. Después de algunos otros cantos, muy bien cantados por el Coro, terminó el acto con unas palabras del obispo de la Iglesia Metodista Episcopal de África, Westinghouse Kyles.

El lunes, después del discurso del pastor Schurmann sobre «el Reino de Dios en la vida personal», tuvieron lugar una serie de conferencias referentes a los métodos convenientes en las distintas actividades del E. C. Por la tarde, en la Iglesia Reformada de la plaza de Calvino, hubo un servicio de comunión, siendo administrados los elementos por los pastores reformados y luteranos, y por los doctores Poling y Kelly.

La reunión última tuvo lugar el martes por la noche. Después de cantar el primer

himno, se hicieron tres oraciones: una en inglés, otra en español y otra en húngaro. En aquel momento el Dr. Kelly, que presidía, presentó a la señora Poling, que había llegado a Budapest aquella misma tarde, siendo calurosamente aplaudida. A estas muestras de simpatía correspondió con unas palabras de gratitud, pronunciadas en inglés y en alemán. La delegación alemana cantó un himno, y el Dr. Kelly expresó su gratitud, primero al Regente, al Gobierno de Hungría, al Ayuntamiento de Budapest, a las Iglesias, y a la policía, por lo cortés que se había mostrado en todos los actos. El jefe de policía, que estaba en la plataforma, se levantó para estrechar, agradecido, la

mano del Dr. Kelly. Todos los que habían tomado parte activa en la Convención fueron mencionados, uno por uno, siendo todos grandemente aplaudidos.

Cerró el acto el Dr. Poling con un hermoso discurso lleno de fervor cristiano, y después hubo un sencillo acto de dedicación. La bendición fué pronunciada en húngaro, en inglés, en francés, alemán y arameico, y con los himnos «Castillo fuerte es nuestro Dios» y «Dios te guarde hasta volverte a ver», terminó esta gran Convención mundial, quedando todos satisfechos y llenos del mejor deseo para la causa que defiende y practica el Esfuerzo Cristiano.

José CAPÓ.

DE LA OBRA EN ESPAÑA... HACE SESENTA AÑOS

En una carta que hemos recibido de un amigo y hermano nuestro leemos:

«Usted sabe que por algunas semanas hubo culto evangélico público en Ávila, con permiso del señor gobernador, celebrado por un buen cristiano español. Mas parece que, al ver o saber que las personas iban acudiendo a oír el Evangelio, la autoridad retiró el permiso, diciendo que no lo había para cultos evangélicos, ¡ni públicos ni familiares! No sé por qué ley pueden obrar así.»

Y eso que está vigente la libertad de cultos. ¿Qué será cuando se apruebe el artículo 11 de la futura Constitución?

¿Podría decirnos *El Diario Español* si el gobernador de Ávila es también amigo personal del Sr. Casanueva, como dijo del gobernador de Salamanca? (De *La Luz* de 21 de Agosto de 1875.)

Según nos escriben de la provincia de Huelva, el Evangelio se propaga con rapidez en algunos de aquellos pueblos, especialmente en Moguer, donde en estos últimos días ha habido numerosas reuniones en una casa particular para oír la predicación de la Palabra. Los asistentes han mostrado grandes deseos de conocer la verdad y de obedecer la Biblia. Se han repartido algunos ejemplares de ella y gran número de tratados religiosos, que eran recibidos con gran interés.

Nuestro querido amigo el Sr. Sánchez Ruiz, pastor de la Iglesia de Huelva, fué muy bien recibido en la antes citada población.

Repetimos las palabras del Evangelio: «La mies a la verdad es mucha; los operarios, pocos. Rogad al Señor de la mies que envíe operarios a su mies.» (De *La Luz* de 4 de Septiembre de 1875.)

El 2 del corriente se verificó el cuarto aniversario de la instalación del culto en la capilla de la Trinidad, en Bellas Vistas. (De *La Luz* de 18 de Septiembre de 1875.)

Según nos escriben de Valladolid, se ha formado una Unión Cristiana de Jóvenes, y nos alegramos de todo corazón.

¡Quiera el Señor que de este Centro cristiano se desparrame la luz de vida sobre los jóvenes indiferentes e incrédulos que viven en la capital de la vieja Castilla! (De *El Cristiano* de 11 de Septiembre de 1875.)

Iglesia Evangélica Española, Bilbao.
Calle de Estrada de Mala (Particular de Alzola, 47). Pastor: Don Dionisio Mangado, M. García Rivero, 8.

"EL HIJO PRÓDIGO"

Un librito-exposición de la más bella de las parábolas, a propósito para despertar interés por las cosas de Dios en los hijos del pueblo. Su autor: Don José Nimbó. Tamaño a propósito para bolsillo. En catalán y castellano. Dos bellos poemas de Almudévar.

Precio: 0,75 pesetas el ejemplar.
25 ejemplares: 12,50 pesetas.

Pedidos a DON JOSÉ NIMBÓ,
RAMBLA EGARA, 5. TARRASA.

ALFONSO FOTOGRAFO
TELÉFONO 2569
FUENCARRAL MADRID

¿Quiere usted buscarnos un nuevo suscriptor para este periódico?

**Este número ha sido
visado por la censura.**



INFORMACIÓN EVANGÉLICA

ESPAÑA

Rectificación que nos place.

Si alguna vez hemos hecho gustosamente una rectificación, ésta es una de ellas.

En el entrefilet publicado en la página 179 del número anterior, decíamos que la primera autoridad militar de Cataluña había prohibido la celebración, en un cine, de la sesión de clausura de la Convención de Tarrasa; así era, en efecto. Informes que recibimos posteriormente nos dicen que, días más tarde, el general de la 4.ª División autorizó la celebración de la referida reunión en el Cinema Catalunya.

Nos congratulamos de que las gestiones que hizo la Alianza Evangélica Española cerca del ministro de la Guerra no hayan resultado del todo infructuosas.

La Convención de Tarrasa.

Conforme al programa anunciado, se celebró la Convención Bautista de Tarrasa. Hasta la hora presente no hemos recibido la información que se nos tenía anunciada.

Lope de Vega y su obra.

Con este título dará una conferencia don Ernesto Araujo, el martes 17 del corriente, a las ocho de la noche, en el domicilio social de la Unión Cristiana de Jóvenes (Hortaleza, 23, tercero izquierda), acto con el cual esta entidad conmemorará el tricenario de la muerte de Lope de Vega. Todos, cordialmente invitados.

«El Unionista».

Ha reanudado su publicación el Boletín mensual de la Unión Cristiana de Jóvenes, de Madrid. Le deseamos larga y próspera vida, a la vez que le agradecemos las cariñosas palabras que tiene para nuestra modesta Revista.

El grano de mostaza.

A primeros de año y con motivo de las fiestas de Navidad hablábamos del trabajo en este rincón de Madrid (Colonia Buena Vista) entre los niños, y de la persecución de que fuimos objeto. Con motivo de ello se produjo un movimiento de simpatía a nuestro favor, que nos propusimos aprovechar entre los jóvenes. Empezamos en Fe-

brero, y gracias al Señor hemos logrado formar una Agrupación de Jóvenes Evangélicos bastante crecida, dado el corto tiempo de su comienzo. Todos son jóvenes de gran entusiasmo y actividad.

El 11 de este mes de Agosto se hizo una excursión a Segovia y la Granja que resultó magnífica y esperamos que lo que se sembró, dé fruto en abundancia.

La salita que tenemos para las reuniones resulta ya insuficiente, y mucho más para celebrar actos públicos. Tenemos bastante terreno lindante con la casa, que no cultivamos, con la esperanza de que el Señor nos proporcione ayuda necesaria para edificar un local, pues ya nos hace falta.

Ultimamente han surgido algunas dificultades, y estuvimos tentados de dejar la obra, pero como va tan bien nos es muy penoso dejarla. Todo esto produce gastos y dificultades difíciles de sobrellevar. Suplicamos a los hermanos que nos tengan presentes en sus oraciones para que esta obra, que tan bien ha comenzado, siga creciendo y que el Señor nos ayude a vencer todas las dificultades espirituales y materiales que se presenten. — *Elena de Benito.*

Iglesia Evangélica, Zaragoza.

El Domingo, día 1 de Septiembre, tuvimos el gozo de que se encontrara entre nosotros el Rdo. Agustín Arenales, pastor en Barcelona y presidente de la Iglesia Evangélica Española.

Fué un día de gran bendición. A las diez inauguró el curso de Escuela Dominical, con proyecciones luminosas sobre «El buen samaritano», deleitándose los niños con las vistas y explicaciones de tan bella parábola.

Seguidamente, a las once de la mañana, culto solemne con la celebración del sacramento de la «Santa Cena», dirigido por nuestro querido pastor, Rdo. Benjamín Heras. En este culto, nos edificó con su palabra en una breve, pero profunda meditación, nuestro estimado visitante.

Por la tarde, celebramos una reunión familiar en la acogedora casa de nuestro pastor, en la que nos llenó de atenciones su bondadosa esposa.

Terminamos tan hermoso día con una conferencia, a cargo del Rdo. Agustín Arenales, sobre «La religión que necesita España».

De todos es conocida su destacada personalidad, y apenas necesitamos resumir y adjetivar tan inolvidable conferencia, bástenos decir que después de definir el significado de la palabra religión, nos demostró que la religión que España necesita está contenida en las palabras que Cristo dirigió a la mujer samaritana, diciéndole: «Dios es Espíritu».

Nos enseñó, como él sabe hacerlo, lo alejada que la Iglesia romana se encuentra de la religión en «espíritu y verdad», terminando con un vibrante llamamiento al auditorio, que no dudamos halló eco en todos los corazones.

Fué para nosotros un gozo que tanto en el culto de la mañana, como en el de la tarde, tuvimos una numerosa concurrencia.

Que Dios bendiga tan grata visita y dichas reuniones para la edificación espiritual de esta congregación y la extensión del reino de Cristo en esta fanática ciudad de Zaragoza. — *El secretario.*

Unión Cristiana de Jóvenes, de Gijón.

El 25 del pasado mes de Julio se celebró junta general, con objeto de elegir nueva Directiva, que quedó constituida en esta forma: presidente, D. Juan Biffen; secretario, D. Daniel García; cajero, D. Adolfo Wahl; vocales, D.ª Pilar Lana y D.ª Ángeles González.

Felicitamos a los jóvenes de Gijón, y esperamos que seguirán trabajando con entusiasmo por la causa del Maestro.

Velada en Sevilla.

El día 6 de Julio tuvo lugar la repetición de la velada literario-musical que la Sociedad de Esfuerzo Cristiano de la Iglesia de San Basilio había preparado, la cual se celebró por primera vez en el mes de Junio. Hubo que hacerla en dos veces, por el poco espacio de que disponemos, ya que la concurrencia, en las dos ocasiones, fué numerosísima.

El programa, a base de canciones, monólogos y juguetes cómicos, satisfizo en grado sumo al auditorio, que no regateó sus elogios con sus nutridos y frecuentes aplausos. El joven matrimonio Sres. de Velázquez, con la Srta. Pepita Lagares, representaron «Lo que tú quieras», de los Quintero; la señorita María Jiménez y José Morillo hicieron reír a mandíbula batiente interpretando el juguete de los mismos autores «Sangre gorda», así como las Srtas. Ana González, Antonia Nabot y los jóvenes Luis Herrera, Francisco Rodríguez y Eugenio Coco, nos deleitaron con las cómicas escenas del «Sistema Ollendorn». La pieza fuerte fué el sainete de puro ambiente andaluz, «Zamorita», a cargo de las señoritas Concha Pascual, Jiménez (M.) y González (A.), y de los jóvenes Morillo (J.), Herrera (L.), Rodríguez (F.) y José Torres.

Las canciones, tomadas del himnario del Esfuerzo Cristiano y del Cancionero de Cruellas, gustaron al auditorio, debiendo mencionar los solos de las Srtas. Jiménez

(María) y Aurora Romero, así como el himno a la República, cuya letra es de J. Chicharro y la música de D. Felipe Orejón. En ambas ocasiones se hizo propaganda de nuestros cultos y demás actos religiosos.

Ahora está desarrollando el Esfuerzo Cristiano una serie de conferencias a base del estudio de la vida de los más sobresalientes personajes bíblicos. Quiera el Señor bendecir esta labor para bien de su causa. — *Esforzador*.

ESPAÑA EVANGÉLICA. Número de la Biblia 1935. Disponemos de algunos ejemplares, a los siguientes precios: 20, ptas. 1,50; 50, ptas. 2,50; 100, ptas. 4,50. Pedidos: Agrupación Juvenil Propaganda Evangélica, Noviciado, 5, Madrid.

NOTAS BREVES

Hemos recibido la amable visita del pastor de Cartagena, Rdo. José Crespo, que ha pasado unos días en los alrededores de esta capital; y también hemos recibido la del pastor de Córdoba, Rdo. Antonio García, y señora, que han permanecido por breve tiempo en esta villa. Agradecemos a uno y a otro la deferencia de que nos han hecho objeto.

— Se anuncia para la segunda quincena de este mes la visita del arzobispo de Dublín, que viene a Madrid para conferir órdenes sagradas y administrar el rito de la confirmación. También son esperados el Rdo. Guillermo Rainey, de la Sociedad Bíblica, y el señor Henry Martyn Gooch, secretario de la Alianza Evangélica Universal.

— *Iglesia Evangélica Española, Bilbao*. — El día 25 del pasado recibió las aguas del bautismo el niño José Roberto, hijo primogénito de los miembros de esta Iglesia D. Bernabé Rivas y D.^a Aurora Negueruela. Muchas felicidades.

— *Iglesia Evangélica Metodista, Clot*. — El día 21 de julio último fué bautizado en esta Iglesia el hijo primogénito de nuestros hermanos D. José L. de Vargas y D.^a Josefa Gularons. Se le impuso el nombre de José Luis. También en esta ocasión recibió el mismo sacramento la niña Magdalena, hija de don Francisco de Vargas y de D.^a Magdalena Ribera, difunta. Reciban nuestros queridos hermanos nuestra efusiva felicitación, acompañada del ferviente deseo de que el Señor les bendiga como padres, y que vean también los frutos del amor divino en sus hijos respectivos.

— *Iglesia Española Reformada, Sabadell*. — En culto especial, celebrado en el pasado Agosto, contrajeron matrimonio los jóvenes miembros de esta Iglesia D. Alfredo Estruch Martí y la señorita María Antonia Moliner Guarch. A causa del reciente luto de la familia, se suprimieron las manifestaciones de alegría propias de estos casos. Deseamos a los recién casados que el Señor les colme de felicidades en su nuevo estado y de fortaleza espiritual para vencer las dificultades de la vida.

— *Iglesia Española Reformada, Madrid, Beneficencia*. — Anteayer, al mediodía, solemnizaron su casamiento en esta Iglesia los jóvenes Antonio Senis Cambron y Catalina Hausherr Gantembein. Bendijo la unión el pastor de la Iglesia, que dirigió a los contrayentes una sentida plática. Que el Señor colme de bendiciones a los nuevos esposos.

— *Iglesia Evangélica Metodista, Barcelona*. — El 25 del pasado mes de Agosto falleció en esta ciudad nuestra querida hermana D.^a Higinia Torrecilla. A su hijo, D. José Fuertes, y demás familia enviamos nuestro más sentido pésame, si bien queremos recordarles que ella ya disfrutó de una vida mejor.

— *Iglesia Evangélica Metodista, Pueblo Nuevo*. — Tras larga prueba de aflicción, soportada con resignación admirable, descansó en el Señor uno de los más antiguos miembros de esta Iglesia, D. Mariano Mjr, a la edad de ochenta años. Se mantuvo fiel hasta la muerte, y fué a posesionarse de la corona de la vida. El entierro, verificado el Domingo, 1.^o del corriente,

por la mañana, fué una evidente manifestación del amor que los amigos y los hermanos sentían hacia el veterano celoso y ferviente. Reciban sus familiares todos, y en particular sus nietos y biznietos, algunos de los cuales han sabido aprovechar el buen testimonio de su deudo encaminándose en el mismo sendero, la expresión de nuestra condolencia cristiana.

NUESTRA ESTAFETA

D. G. Gijón. — Para los asuntos referentes a la Sociedad Bíblica y a los viajes del coche bíblico, debe usted dirigirse directamente al agente de dicha Sociedad en Madrid. Nosotros, en esos asuntos no somos nadie.

Donativos para el "Altavoz" del coche "Jorge Borrow".

	Pesetas.
Colegio «El Porvenir»	33,30
Jóvenes de Trafalgar	25,—
Niñas de Noviciado	31,—
D. Percy. J. Buffard	25,—
D. Adolfo Araujo	50,—
D. Sotero Basterra	25,—
D. León Odón	10,60
Hermanos de Luci	30,—
Anónimo	8,—
D. Neville G. Price	180,—
Colectado por la Srta. Haselden	22,—
Srtas. Higbid y Hammond	25,—
D. ^a F. López	5,—
Anónimo	8,—
D. Peter García	45,40
D. R. Taiho Sienes	5,—
D. ^a J. Arrou	10,—
D. Luis Pérez Santos	20,—
Iglesia de Gijón	61,—
Unión de Jóvenes, idem	50,—
D. ^a Isabel Bernad	5,—
Hermanos de la Iglesia de Sans	44,—
Anónimo	9,—
Colectado por L. Martínez:	
A. Asensio	10,—
Ant. Asensio	0,50
L. Elder y señora	5,—
J. Pulido	1,—
F. Pulido	1,—
N. Ramos	1,—
D. Portela	1,—
S. Bizarro	2,—
L. Martínez	5,—
Iglesia Cristiana de Carlet	10,—
Hermanas Españolas Misión Barrio Suí- ka, Tetuán	100,—
Iglesia Bautista de Barcelona	25,—
D. Juan Inglada	25,—
D. Carlos Campo y señora	25,—
D. ^a María Bagues	25,—
Iglesia Metodista de Barcelona	60,—
Producto refresco acto inaugural	107,40
Hermana de Ripoll	5,—
D. Enrique Haselden	25,—
Iglesia Beth-el, La Torrasa	25,—
Rdo. A. J. Capó	5,20
D. T. Acuña. Santo Tomé	10,—
D. ^a Justa Soriano, Viuda de Mezo	10,—

RECIBIDO HASTA EL 9 SEPTIEMBRE. 1.211,40

La cantidad que esperamos cubrir por donativos especiales es 1.998,55 pesetas. Un esfuercito más, y llegamos a ella.

Gracias a cuantos han contribuido y a los que aun contribuirán. La correspondencia, a Sociedad Bíblica, Federico Balart, 2, Madrid.

Recomiende a sus amigos
ESPAÑA EVANGÉLICA

ESCUELA DOMINICAL

Domingo 22 de Septiembre.

Santiago, un gran conductor cristiano.

Sant., I, 1-17.

TEXTO ÁUREO: Bienaventurado el varón que sufre la tentación; porque cuando fuere probado, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman. — Sant., I, 12.

TÍTULO: El lema de Santiago para los niños.

1) PROPÓSITO: Demostrar que nuestra religión debería ser puesta en práctica.

2) INTRODUCCIÓN: Háblese de los años que Santiago compartió el hogar con Jesús.

3) LA LECCIÓN: El personaje bíblico que estudiamos hoy fué hermano de nuestro Señor Jesús. Cítense los otros Santiagos mencionados en el Nuevo Testamento. Aun que Santiago conocía a Jesús como un hombre, no le conoció como el Hijo de Dios, sino hasta después de su muerte. Nótese la confesión de fe que se encuentra en el versículo primero. Santiago llegó a ser una gran personalidad en la Iglesia y fué el pastor de la de Jerusalem. Háblese de su martirio. Santiago fué un creyente práctico que creyó en una religión práctica.

4) ILUSTRACIONES: Como ilustraciones pueden emplearse ejemplos de la vida infantil en los cuales los niños deben portarse mejor que los demás, como por ejemplo, perdonar cuando son injuriados, no devolver mal por mal, etc.

Domingo 29 de Septiembre.

Juan: el pastor y su grey.

3.^a Juan.

TEXTO ÁUREO: Amado, no sigas lo que es malo, sino lo que es bueno. El que hace bien es de Dios; mas el que hace mal, no ha visto a Dios. — 3.^a Juan, 11.

TÍTULO: Con tinta y pluma.

1) PROPÓSITO: Demostrar que la Biblia es un mensaje de Dios.

2) INTRODUCCIÓN: Pregúntese a los niños si no han recibido nunca una carta que le haya sido especialmente interesante. Si uno de nosotros recibiera una carta del Presidente de la República, qué grande honor para nosotros. Tenemos una carta de un gran Rey, ¿cuál es?

3) LA LECCIÓN: Cuando el apóstol Juan era muy anciano, escribió una carta desde la ciudad de Efeso. En su carta recomendó a Gayo que recibiera a los hermanos que predicaban el Evangelio y expresó su honda tristeza por la conducta que había observado Diótrefes. ¿Estaría contento Juan si conociera nuestra conducta en la Iglesia? Si no nos mostramos amables con las personas que visitan nuestra Iglesia, ¿estas son muy probable que no vuelvan más. Digamos cómo podemos ser amables con los extraños.

4) REVISTA: Hágase una breve revista procurando que la clase quede impresionada por las enseñanzas desprendidas de cada personaje estudiado durante el trimestre.

El próximo número de
ESPAÑA EVANGÉLICA
se publicará, Dios mediante, el
jueves día 26 del actual.